rigor y puntualidad, sino con más latitud en cuanto llamamos una cosa necesaria cuando es medio tan proporcionado y conveniente para seguir algún fin, que sin él apenas o muy dificultosamente se puede alcanzar.

1. Pues en esta significación, quiero ahora persuadir y declarar que el ejercicio de la oración no sólo es utilísimo y nobilísimo, sino necesario a quien quiera asegurar su salvación, en la manera que los hombres la pueden asegurar y hacerla cierta, como dice el apóstol San Pedro. De manera que es más necesario a los hombres el ejercicio de la oración para salvarse, que a un enfermo tomar las medicinas adecuadas para tener salud.

Esta necesidad de la oración se reduce a dos fundamentos o principios: El uno es la obligación de honrar a Dios con la virtud de la religión y culto que se le debe, y el otro está basado en la necesidad y pobreza que tenemos los hombres.

2. En cuanto al primer título, sabida cosa es que principalmente honramos a Dios con las tres virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad, y que para todas ellas es indispensable el ejercicio de la oración.

La Fe sin la oración es como una carta cerrada y sellada que, aunque estén escritos en ella avisos muy importantes para el que la tiene, si no la abre y los lee, no le servirá de nada. Y así que aunque la Fe nos dice que Dios es nuestro Creador, Conservador, Gobernador, Salvador, Glorificador, nuestro primer principio y último fin, nuestro Redentor, que se hizo hombre, que hizo y padeció tanto por nuestra salud y remedio, que nos tiene preparada gloria eterna para los buenos y pena perdurable para los malos, y otras innumerables cosas semejantes a éstas, poderosísimas para reformar y enderezar la vida y costumbres de los hombres; pero si ellos no abren esa carta y la leen, considerando y ponderando estas mismas cosas, es de ver lo poquísimo que les aprovechará la fe, de esta manera muerta y olvidada, si no es para mayor juicio y condenación, por no haber obrado conforme a lo que creyeron.

3. De la misma manera es la Esperanza, que para esperar con eficacia y seguramente de Dios cosas tan grandes como nos promete, *que ni ojo las vio ni oreja las oyó, ni corazón humano las*

acertó a desear, y que exceden tanto nuestra capacidad y merecimiento, es necesaria la consideración de la infinita bondad y liberalidad de Dios, de su infinito poder, sabiduría y caridad. Con ésta se consideran los méritos de Cristo nuestro Señor, que es el principal estribo y fundamento de nuestra esperanza, la verdad y fidelidad con que Dios ha cumplido todas sus promesas; la providencia y benignidad con que recibe a todos los que se acogen a El, y las palabras y prendas que tiene dadas de no faltar a los que pusieren en El su esperanza. Y es cierto que en faltando la consideración de estas cosas, se ha de enflaquecer, acobardar y amortiguar la esperanza, o ser temeraria, como lo es en muchos pecadores, que dicen esperar en la misericordia de Dios, sin querer por otra parte refrenarse de sus pecados y de ofender cada hora esa misma misericordia.

4. Pues la Caridad, cierta cosa es ser el principal ejercicio de la oración, la cual se ocupa por la mayor parte en hacer muchos actos de amor de Dios y de las demás virtudes, con que ese mismo amor se aviva y acrecienta. Pues sin ésta, ¿cómo podrá la voluntad amar a Dios, si el entendimiento no se lo propone y representa como amable? Lo cual se hace con la consideración de su bondad, hermosura, nobleza, misericordia, liberalidad, y de otras infinitas perfecciones suyas, y de los soberanos beneficios que nos ha hecho, y de otros innumerables títulos por los cuales merece infinitamente ser amado.

5. Tras estas tres virtudes, se siguen inmediatamente la virtud de la Religión, a la cual pertenece propiamente dar a Dios el culto y honra que se le debe. De cuya virtud es cosa cierta ser su acto principal la oración, porque en ella reconocemos y confesamos ser Dios primer principio y fuente de todos los bienes; y así acudimos a El como necesitados y mendigos a pedir lo que necesitamos, y a darle gracias por lo que nos ha dado y hecho, en todo lo cual le honramos con el conocimiento y culto que podemos. De donde se sigue que teniendo como tienen todos los cristianos tan precisa obligación de ejercitar estas virtudes, por ser tan generales y necesarias a todos, del mismo modo tienen necesidad del ejercicio de la oración, sin el cual es imposible ejercitar las susodichas virtudes como se debe.

6. Y lo mismo que hemos dicho de las mencionadas virtudes, se puede decir de las demás; porque, ¿cómo puede tener contrición quien no considera la gravedad y fealdad de sus pecados y lo mucho que ofende a Dios? ¿Cómo agradecerá los beneficios divinos recibidos, quien no considera cuántos y cuáles son? ¿Cómo podrá tener temor de Dios quien no considera el rigor de su justicia? Y así discurriendo por las demás virtudes, todas las cuales se hallará tener precisa necesidad de consideración y ejercicio interior para poderse bien ejercitar y conservar. Por esta razón dijo el Profeta: "*Está destruida toda la tierra, porque la gente no reflexiona en su corazón*" (Jr. 18). Pues sin duda de aquí procede la perdición del mundo y la corrupción y estrago de costumbres, por la carestía y falta grande de esta virtud.

Necesidad absoluta que tenemos de la ayuda de Dios

En cuanto al segundo título por lo que necesitamos la oración, debemos considerar el miserable estado en que quedamos todos por el pecado de nuestros primeros padres, el estrago y corrupción de la naturaleza, la inclinación hacia las cosas terrenas corruptibles y viciosas, el hastío, tedio y decaimiento para todas las cosas de virtud, y la necesidad que para todo esto tenemos del socorro divino, sin el cual no podemos tener un buen pensamiento, ni decir una buena palabra, sin contar, por otra parte, la muchedumbre de enemigos y peligros que nos acechan por todas partes.

El que supiere ponderar todas estas cosas, ése comprenderá cuán grande y precisa es la necesidad que tiene de andar siempre arrimado a la oración, pidiendo a Dios fervor y socorro para todo lo que no podemos con nuestras fuerzas. Y así concuerdan los santos Jerónimo y Agustín en afirmar que la misma necesidad que el hombre tiene del socorro de Dios, esa tiene de la oración. Y de aquí vino a decir San Agustín aquella sentencia tan celebrada: "Ninguno viene a la verdadera salud, si no fuere llamado de Dios, y ninguno, después de llamado, obra como es necesario, si El no le ayudare, y ninguno consigue esta ayuda y socorro si no la pidiere por la oración".

Y con esta misma sentencia concuerda otra del Papa Celestino I, que escribiendo contra Pelagio, dice así: "Así como no

hay tiempo ninguno en el que no tengamos necesidad de la ayuda de Dios, síguese que de igual manera, en todas las cosas y negocios, necesitamos acudir a El con la oración pidiendo su ayuda". De manera que, aun cuando un hombre no aspirase a pretender otra perfección más de querer cumplir con su obligación, guardando los mandamientos de Dios para no condenarse, para eso mismo tiene necesidad de mucha oración para alcanzar el favor y socorro divino, sin el cual no puede cumplir la Ley, ni los Mandamientos.

Por eso dijo muy acertadamente el glorioso San Agustín: "Aquel sabe vivir bien, que sabe orar bien". Como si dijera: El que no supiere bien orar, será imposible que viva bien. A lo cual se añade andar el hombre siempre cargado de tantos enemigos y tentaciones, y ser la oración el remedio más general y más cierto para vencerlas todas como se ve; pues Cristo nuestro Señor este sólo fue el que dio a sus discípulos cuando se les había de ofrecer una tan grande como la de su Pasión, diciéndoles y repitiéndoles muchas veces, que velasen y orasen para que no cayeren en la tentación (Mt. 16; Mc. 5).

Y en otro lugar los amonesta generalmente a todos, diciendo: "*Velad en todo tiempo en oración, para que merezcáis libraros de los peligros y tentaciones que os amenazan*". Por eso dice San Crisóstomo que la oración es el arma de los cristianos, y que estando tan cercados de enemigos y peligros, y en perpetua batalla, es gran temeridad hallarse un punto desapercibidos sin estas armas, como lo sería salir un soldado desnudo y desarmado a la batalla.

Lo mismo se refiere que solía decir muy ordinariamente el bienaventurado Santo Tomás de Aquino, particularmente a los religiosos. Pues decía que: "El religioso sin el ejercicio de la oración es como el soldado en la batalla, desnudo y sin armas".

San Juan Crisóstomo trae al respecto otra comparación: dice que la oración es para nuestras almas lo que es el fuego para el hierro; pues siendo éste de su naturaleza duro, frío, tosco y negro, si se mete en el fuego, se ablanda de manera que se puede muy bien labrar y doblar, y se pone tan encendido, tan

claro y resplandeciente, como el mismo fuego. Mas apartándole de él, luego comienza a perder estas cualidades hasta volver a su natural dureza, frialdad y tosquedad. De manera que para que se conserve blando y resplandeciente, es necesario que no se aparte mucho del fuego. Así es nuestra alma, que por tener el natural estragado y corrompido, de suyo es fría y sin devoción, dura y muy mala de doblegar y labrar, tosca y fea en todas sus inclinaciones y apetitos naturales, y si no llega al fuego de la oración, siempre estará así; pero en llegando al calor de la oración, se ablanda y se hace dócil, se ilumina y toma resplandor y reformación de todas las malas inclinaciones. Pues para que pueda conservar estas buenas cualidades, precisa frecuentar la fragua de la oración, porque en apartándose mucho de ella, luego vuelve poco a poco a su natural.

El bienaventurado Arzobispo y excelente doctor, Santo Tomás de Villanueva, declaraba esta necesidad que generalmente tenemos todos de la oración, por otro ejemplo no menos conveniente: Decía que la oración es como el calor natural del estómago, sin el cual es imposible conservarse la vida ni ser algún manjar de provecho, y con él todo se digiere bien y los manjares son provechosos y se convierten en sustancia y alimento del hombre, cobrando fuerzas para hacer todas sus operaciones. De la misma manera, decía el santo, que era la oración respecto de la vida cristiana y espiritual, y tan necesaria para ésta como el calor natural para la vida del cuerpo.

El Santo Maestro Avila solía decir muchas veces que se maravillaba mucho cómo en una vida tan acosada de tentaciones, trabajos y peligros, podían los hombres vivir sin el ejercicio de la oración, de cualquier estado o condición que fuesen. Y particularizaba, diciendo: ¿Cómo puede vivir sin oración un pastor o un labrador, cualquier oficial o cualquier mujercita? Y así discurría por los demás estados, oficios y condiciones de gente. Asimismo, un autor muy grave y docto de nuestro tiempo, dice que querría repetir mil veces esta sentencia hasta que llegase a noticia de todos, que le parecía imposible vivir un hombre vida cristiana, y mucho menos religiosa, ni conservarse mucho tiempo en gracia de Dios, sin el ordinario ejercicio de la oración, y que

no hay que buscar otra causa de la perdición grande que hay en el mundo, y de la relajación y tibieza de muchos religiosos, sino por la falta que hay de este santo ejercicio de la oración.

Y no es mucho que diga esto, pues el glorioso San Lorenzo Justiniano, doctor tan grave y de tanto espíritu, en su libro de Los Grados de Perfección, después de haber dicho grandes excelencias de la oración, añade estas palabras: "Me atrevo a afirmar que sin la oración no alcanzarás la salud eterna, porque la divina misericordia, de quien ella depende, por la oración se aplaca y obra los efectos que son causa de la vida eterna".

Que el ejercicio de la oración conviene a toda clase de personas

Quien atentamente considerare lo que hasta aquí se ha dicho, entenderá por ello que es gran yerro pensar y gran disparate decir que el ejercicio de la oración no es para los seglares y gente ocupada en cosas del mundo, sino sólo para los religiosos y sacerdotes, y otras personas semejantes, dedicadas al culto divino. No hay duda sino que las tales personas, por razón de su estado y oficio, tienen más estrecha obligación de ser muy dadas a la oración. Pero esta misma obligación, aunque proporcionalmente y en su grado, la tienen todos los demás cristianos, de cualquier estado y condición que sean, no por razón de su estado, sino por su necesidad... Todos tienen obligación de guardar los Mandamientos, y éstos en el estado que ahora estamos de la naturaleza tan corrompida y estragada, y tan mal inclinada, es imposible cumplirse como conviene sin mucha oración. Por eso dijo el Espíritu Santo: *"El que guarda la ley, multiplica la oración"*. Como si dijera: Aquel sólo guardará la ley que tuviere mucha oración, por medio de la cual alcanza favor y gracia para guardarla.

Todos asimismo andan cercados de peligros, enemigos y tentaciones, y siendo el remedio más general y cierto para librarse de todo esto la oración, como arriba queda dicho, claro está que todos tenemos necesidad de ella; de manera, que la obligación que corre a los sacerdotes y religiosos por razón de su estado, ésa en su grado corre a los legos y seglares por su necesidad y peligro. Y así vemos que no sólo andan armados los soldados que tienen por oficio pelear, sino todos los que tienen

enemigos o temen recibir algún daño: los unos por obligación y los otros por necesidad.

Todas las razones sobredichas corren y tienen fuerza generalmente para todos los cristianos, aunque no quieran pretender otra perfección más de cumplir la Ley de Dios y asegurar su salvación. Pero no sería justo que hubiese alguno de tan bajos pensamientos, que se contente con eso, sino que es cosa muy puesta en razón y cordura, y muy digna de ánimos honrados y nobles pretender cada uno ser perfecto en su estado, pues en todos lo puede ser, y a todos generalmente nos convida nuestro Señor y buen Maestro a que lo seamos, diciendo: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.* Y en el Apocalipsis nos enseña y aconseja que el justo procure ser más justo, y el santo ser más santo (Ap. 12), no contentándose con menos. Y el Espíritu Santo nos amonesta que en todas nuestras cosas nos preciemos de ser excelentes y perfectos.

Y pues es tan ordinario en otras cosas de menos importancia que los hombres emprenden o toman entre manos, preciarse de hacerlas bien y con perfección, y aun tratándose de cosas temporales es tan cierto que el que puede aventajarse no deja diligencia, sino que se ponen todos los medios posibles para acrecentar la hacienda, la honra, la salud, los oficios y las otras cosas de este género. Pues, ¿cuánto más justo no será pretender esto mismo y tener este ánimo honrado en caso que va tanto y excede tanto en ventaja a todo lo demás, como es ser un buen cristiano para asegurar la salvación? A lo cual se debe de añadir una cosa muy digna de consideración: y es que el cristiano que tuviese los pensamientos tan imperfectos y bajos, que no tuviese mayores intentos y deseos que el no cometer pecado mortal, para no condenarse, sin pretender otra perfección, cierto estaría en grandísimo peligro de no cumplir ni siquiera eso mismo que se propone, ni conseguir lo que desea, o por mejor decir, sería muy cierto de no conseguirlo, sino que daría muchas y grandes caídas. Porque como muy bien dice San Bernardo: en el camino del Cielo no es posible estarse en un estado, sino que, si no va adelante, necesariamente volverá atrás. Pues desde el mismo momento que uno se conforma con ser bueno, ya deja de serlo;

de manera que lo seguro y más acertado es procurar lo más perfecto, pues aun así le costará alcanzar lo mediano y moderado.

Que las ocupaciones no excusan el tener oración

De todo lo dicho se refiere que no hay persona de ningún estado y condición que esté libre de la necesidad de la oración y que pueda excusarse de darse a ella, como realmente es mi opinión, pues según mi pobre juicio, nadie puede excusarla.

Es verdad que hay algunos estados y oficios que exigen tanto cuidado y ocupación, que resulta muy dificultoso y casi imposible tener tiempo desocupado para dedicarlo a la oración, pero tengo por cierto que, si quisieren y lo tomaren muy de veras, habrán de salir con ello.

De esto tengo un testigo muy fidedigno, el Dr. Diego Pérez, gran siervo de Dios, discípulo del Santo Maestro Avila, el cual afirma en un libro que escribió de la oración, que durante muchos años en sus predicaciones había tomado muy a pecho la empresa de tratar de persuadir a todos de la necesidad de la oración, y así, tanto desde el púlpito como en particular, a todas las personas que trataba procuraba convencerlas que se diesen a la oración mental; y testifica haber tratado y confesado a muchísimas personas de todos estados y suertes de gentes: príncipes, duques y grandes señores, caballeros, capitanes, soldados, nobles y plebeyos, pajes y otros criados de palacio, oficiales, labradores, pastores y gente en extremo pobres y trabajada y de oficios muy bajos, hasta esclavos y esclavas a quienes sus amos daban muy mala vida y no les dejaban un momento desocupado para descansar, y que de todos estos estados había conocido y tratado a muchas personas muy dadas a la oración mental, y que la tuvieron aventajadamente y les hizo Dios por medio de ella muy grandes mercedes, y les fue consuelo y alivio de sus trabajos.

De aquí parece que, con esta experiencia, bien se puede responder a todas las objeciones y excluir todas las excusas que se puedan poner, y que todos los que quisieren tomar de veras cosa de tanta importancia, saldrán con ello, y los que no, que echen la culpa a su negligencia y no a su estado y condición. También de lo dicho infiero, que no se debe tener por justa la excusa de

ninguna persona, de cualquier estado y condición que sean, que a título de ocupaciones forzosas, les parece estar excusados de tener oración mental. Y adviértase que, antes de que escribiese esto así tan resueltamente, procedió haberlo pensado mucho, discurriendo por todos estados y ponderando las obligaciones de cada uno, y haber oído las excusas de muchas personas de diferentes estados, y, con todo eso, me parece muy cierta verdad lo que digo. Si a alguno le pareciere que es mucho rigor decir esto tan general y absolutamente, sin hacer excepción alguna de personas que hay ocupadísimas en negocios muy graves y forzosos, le ruego yo a quien esto pensare, que lea el libro primero de la Consideración, del glorioso San Bernardo al Papa Eugenio, y luego, si quiere considerar bien, hallará por verdad que no puede haber ocupaciones tan graves y de tanta importancia como las del Papa, pues de ellas depende el bien universal del mundo y el gobierno de toda la Iglesia; ni tan forzosas y obligatorias como las del Pastor universal en el gobierno de sus ovejas; ni tan justificadas como las que allí se refieren, porque le es necesario estar desde la mañana hasta la noche oyendo peticiones y demandas, por lo que no sólo el día, sino también parte de la noche, le es necesario estar tratando negocios tan importantes y con tanta insistencia, que ni aun para comer y dormir le dejan tiempo suficiente. Y, pues, siendo las ocupaciones de este género, las llamó el Santo "malditas, perjudiciales y perniciosas" si ellas le estorban o no le dejan el tiempo conveniente para recogerse a considerar sus propias cosas. Pues, entre otras muy graves y notables palabras, le dice: "Ves aquí a dónde te pueden llevar estas malditas ocupaciones, si todavía porfiases en entregarte a ellas del todo, sin dejar nada de tiempo para ti solo. Mira que pierdes el tiempo y te consumes con necio trabajo, el cual no es otra cosa, sino aflicción de espíritu, desasimiento del alma y perdimiento de la gracia".

Pues, si este santo Doctor, tan alumbrado con luz del cielo, y tan lleno de espíritu de sabiduría divina, no tuvo por suficiente excusa ocupaciones de tanta importancia y tan justificadas, para que por ellas pudiera descuidar el ejercicio de la oración, ¿quién podrá suponer que tenga suficientes motivos para que el Santo de Claraval dé sus ocupaciones por válidas para que deje la oración?

Dice el padre Granada: "Ningún oficio ni obediencia podrá obligar a nadie tan pesadamente que no le sea lícito tomar aquellos ratos de tiempo que le pareciere ser necesarios para traer su espíritu recogido y su vida concertada, lo cual todo se alcanza por medio de la consideración y ejercicio de la oración".

"No hay servidumbre en este mundo tan grande, ni tan obligatoria, que prive al hombre del derecho natural que tiene a comer y a dormir, y tomar lo necesario para la vida corporal. Y pues, si el alma no tiene menos necesidades del sustento y reposo espiritual que se consigue por la oración, resulta que todas las obediencias y obligaciones deben ser interpretadas teniendo en cuenta esta necesidad."

Y en otro lugar, dice también: "No hay deudor que le puedan obligar tan estrictamente a pagar o restituir lo que debe, que le puedan obligar a vender las herramientas de su trabajo, porque sin esto no podría sustentarse ni ganarse la vida. Por tanto, ni la ley de la caridad, ni la carga de ningún oficio, puede obligar a nadie tan pesadamente que se ponga en la necesidad de tener que dejar del todo la oración, pues ella es como el instrumento general del cristiano para la virtud, y sin ella no podrá acudir como debe a las cargas de su oficio ni conservar la vida espiritual, y con ella podrá con lo uno y lo otro". Hasta aquí son palabras de aquel santo varón.

SAN JUAN DE LA CONCEPCION (m. 1613)

Nació en Almodóvar del Campo (Toledo). Siendo niño profetizó de él Santa Teresa: "Llegará a ser un gran santo, director de muchas almas y reformador insigne de una Orden religiosa". Efectivamente, a los 19 años viste el hábito de la Orden de la Santísima Trinidad y fue su reformador.

1. Hijos míos, amad la oración. Ella debe ser el pan nuestro de cada día. A imitación del Señor debemos pasar todas las

horas entregados al continuo trato con el Padre que está en los cielos *(P. Melús. Vida).*

2. El mayor beneficio que podemos ofrecer al pobre, es encomendarlo a Dios... El religioso cura al pobre con su vigilancia y cuidado, y en la oración cura Dios al enfermero... En la oración recibe, y en el pobre reparte; en la oración se llena, y con los pobres se vacía... En la oración encuentra los remedios, sustento y medicinas para los pobres; en ella se humillan, abajan y rinden mediante el altísimo conocimiento de Dios, y en esa oración del corazón humilde es donde se llena para ir al pobre...

3. La oración es la que ablanda las entrañas del enfermero para curar al pobre... En la oración ama a Dios y aprende que hay otro precepto semejante que es el amor al prójimo... La oración, pues, es la que ha de dar fuerzas para todo, y amor y caridad para todo. Y si para el cumplimiento de nuestra santa Regla hay tanto bien puesto en la oración, razón será que abracemos los ayunos y rigores con los que se alcanza la oración madre, maestra y remedio de todas las necesidades de los pobres.

4. *Cualidades de la oración:* En primer lugar, la oración para que sea como debe ser ha de ser resignada y desinteresada.

Me diréis: Siendo la oración una petición, ¿cómo pido que sea resignada y desinteresada? Pues sí, porque de tal manera debo pedir que en todo me sujete y rinda al querer y voluntad de Dios, en la forma que Su Majestad dispusiere de las cosas. Pues de tal manera debo querer que no sea lo principal de mi oración el obtener lo que pido sino la mayor gloria de Dios y el que en todo más y mejor se cumpla su voluntad...

5. La oración ha de ser fervorosa, audaz y atrevida; no ha de ser medrosa, tibia, floja ni desconfiada.

En este punto es menester notemos tres maneras o cosas que podemos pedir a Dios en orden a nosotros: Unas que son mera y puramente espirituales, como cuando le pedimos la gracia, el perdón de nuestros pecados y su amistad o cosas semejantes. Otras hay que son meramente corporales como la salud, vida, hacienda, honra y otras cosas de este jaez. Otras hay que son parte espirituales y parte temporales, como si un casado pidiera a Dios un hijo que fuera santo, o pidiera hacienda para poder

dar a los pobres. Supuesto todo esto digo, que cuando un siervo de Dios pide a Su Majestad las cosas puramente espirituales, debe pedirlas con gran osadía, confianza, sin ningún miedo ni temor. Así como un hombre al que otro le debiese cien ducados por habérselos prestado, se los pediría con brío y osadía, porque pedía lo que era suyo y el otro le debía, de esa misma manera *debemos hacerlo nosotros,* supuesta la palabra de Dios tantas veces repetida por los Profetas y Evangelios que el que llegare de veras a pedirle el perdón de los pecados, su gracia y amistad, se la dará. *Por tanto,* nos lo debe, y lo debe siempre que el pecador acudiere, y tendrá que oírlo y remediarlo.

En este caso el hombre pide lo que le deben, supuesta la palabra y promesa de Dios, y por tanto, pide lo que es suyo. Y supuesto lo que dice Santo Tomás, que al que hace lo que puede Dios no le niega su gracia, debe en tal caso llegarse con tal confianza y osadía a pedir, orar y esperar que le darán lo que pide, porque esto lo tiene Dios prometido sin condiciones, diciendo que siempre que pidiéremos algo nos lo concederá (Jn. 14, 14; 16, 23).

6. Estando El tan aparejado a dar, y siendo precisamente El quien nos llama y convida a beber en aquellas celestiales aguas que dan la vida, las cuales aunque están depositadas como celestiales tesoros en las manos de Cristo, esas son manos rotas y torneadas para derramar en nuestros corazones una y millares de veces sus gracias y dones. Y las llaves de todos estos tesoros las ha puesto Su Majestad en nuestras manos, y están en nuestro querer y voluntad, presupuesta su divina gracia, de la que podemos aprovecharnos para con ella y nuestro querer y solicitud abriremos el de Dios para que nos acuda y dé lo que tanto nos importa. (Obras de San Juan Bautista de la Concepción, Cap. I y XXIV. Roma, 1830.)

SAN ALONSO RODRIGUEZ (m. 1617)

San Alonso Rodríguez fue hermano coadjutor de la Compañía de Jesús y durante

cuarenta años desempeñó el cargo de portero del Colegio de Montesión.

1. El principal estudio de un siervo de Dios ha de ser trabajar todo lo posible porque su alma esté siempre unida con Dios por la oración. Ha de asentar, pues..., que el principal fundamento de su vida ha de ser esta comunicación y trato familiar con Dios, convencido plenamente que éste es su tesoro y todo su caudal y que, cerrados los ojos a todas las cosas y puesto bajo los pies todo lo demás, trabaje por emplearse siempre en este amor de Dios; porque, sin duda, este es el fin para el que fue creado, y ésta es la mejor de las obras de cuantas puede hacer un cristiano; pues ésta es aquella mejor parte que escogió María, y ésta es, entre todas las cosas, de la que Dios más se sirve... Pues aquí es donde nuestro corazón se ejercita más en el amor actual de Dios, que es la mejor de todas las obras, como dice Santo Tomás, que la interior afección de la caridad es el más excelente acto y más meritorio de cuantos el hombre puede hacer. *(Unión c. 5.)*

2. Uno de los medios principales para alcanzar la contemplación es pedirlo con ansias y continuos suspiros con suma confianza, y el acostumbrarte a hacer en todo tiempo unas oraciones abrasadas de palabras amorosas a Dios y dulces coloquios de amor, y el considerar los beneficios divinos, de modo que, aun sin preceder (formal) meditación, siempre se encuentre el alma inflamada recordándolos... Este ejercicio del amor unitivo, es el principio y fin de toda perfección... De esta manera, el alma se viene a unir, y transformar, y trasladar, y traspasar su voluntad con el divino beneplácito para que con los encendidos deseos sea hecha una cosa con El, a lo cual nos hace llegar el amor activo y contemplativo. Por este medio (de oración), con tanto fervor comenzarás a buscar la honra de Dios en todas las cosas, que, como olvidado de ti mismo, tengas en nada ponerte en mil peligros por amor de Dios y no sentirás diferencia entre tu honra y la afrenta, gozo y dolor, etc. Mas aunque tardes mucho en sentirte animado de tanto celo y tan vivos sentimientos, no por eso desmayes; que, si perseveras en buscar a Dios y hacer lo que es de tu parte, El te irá dando todo lo que necesites,

consolándote y animándote, y reservándote para la hora más oportuna y menos pensada el premio y fruto de tu oración y de tus santas inspiraciones. *(Dec. del Pad. c. 15, 16.)*

3. El remedio para conocer y hacer la voluntad de Dios es la oración, el tratar el alma muy a menudo con El, para que el Señor la enseñe a conocer su santa voluntad, y le dé gracia para ponerla por obra; pues dice el Señor: *Sin mí nada podéis hacer*, lo que indica que debemos hacer como David, diciendo: *Dómine, doce me facere voluntatem tuam* (Sal. 142, 10).

Debemos aprovecharnos de lo que nos avisa el Señor, diciendo: *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá* (Mt. 7, 7).

Pedid, esto es, que tratemos con Su Majestad, dándole cuenta de todas nuestras necesidades y trabajos, tanto espirituales como corporales, pidiéndole favor y ayuda para todo. Pues siendo El nuestro Padre y amparo, y todo nuestro bien, ha de acostumbrarse el alma a tratar con Dios y a negociar con El todas las cosas, desde lo más pequeño hasta lo más grande, para que El lo rija y gobierne todo con su infinita sabiduría.

Con este ejercicio de la oración, Dios se comunica al alma, la enseña y descubre el camino que ha de seguir para agradarle y hacer su voluntad. Le descubre también el amor con que la ama, así como su bondad y perfecciones, y el gran cuidado que tiene de enriquecerla *con todas las virtudes* si persevera. Para que con este ejercicio el alma se venga a enamorar toda de su Dios, y en tal grado que todo su cuidado y diligencia no sea otro, sino buscar de noche y de día cómo agradar a tan gran Señor, y hacer su voluntad con perfección...

Pues tratando con El, le enseñará a conocerle y a entender cuánta es su bondad, largueza y liberalidad con que la ha colmado de beneficios y mercedes, para que vea cómo debe corresponder a tan gran deuda y con qué amor a tan largo bienhechor.

Buscad y hallaréis. Mas, ¿qué es lo que se ha de buscar? Digo que la voluntad de Dios para ponerla por obra. Y ¿cómo se ha de buscar? Digo que, como está dicho, con oración, pidiéndolo a Dios, y con la gran mortificación: porque el que se mortifica y vence, hace la voluntad de Dios...

4. *Llamad y se os abrirá.* Llama y ciertamente le abren a todo aquel que da buenos y grandes golpes con la aldaba de los deseos de su corazón a la puerta de la misericordia de Dios. Y aquél llama fuerte, que tiene algún gran trabajo que remediar; y aquél llama aún más y más fuerte, cuyos trabajos son mayores, como aquél que tiene grandes deseos de remediarlos, para con ello hacer la voluntad de Dios y servirle mejor, y ése acude más y más recio a llamar a las puertas de la misericordia de Dios, cuando no halla ni ve en ninguna de las criaturas remedio alguno, por santa que sea. Y a tanto pueden llegar a veces los trabajos en el alma, antes que le abran, que da bramidos y gemidos inenarrables que, como saetas arroja a su Dios..., porque El quiere remediarla por aquel camino, con los cuales quejidos siempre alcanza el alma lo que pide, porque no quiere otra cosa que contentar a su Dios y hacer en todo su voluntad. *(Declaración del Paternoster, cap. 19.)*

5. Es de gran valor la oración para alcanzar de Dios remedio para todas nuestras necesidades, la cual Cristo Nuestro Señor por su boca divina la enseñó a sus discípulos, dándoles para que orasen la oración del Padrenuestro...

Es cosa tan alta y divina la oración y el tratar y negociar con Dios, que no sólo la usan los hombres en la tierra, acudiendo todos a Dios en sus necesidades a pedirle favor y ayuda, como a Señor universal que es de todo, porque todo pende de El, y El solo es el que lo puede remediar todo, y ayudarnos en todas nuestras necesidades y trabajos como Padre que tanto nos ama. Pero esta oración, y aún con más perfección que nosotros, la ejercitan también los ángeles en el cielo, ocupándose allá en amar a su Dios, que tienen presente, con grande y abrasado amor, contemplándole, adorándole y reverenciándole y pidiéndole mercedes para todos cuantos se encomiendan a sus oraciones... (Ibíd. c. 2).

6. Pues si los padres carnales aman tanto a sus hijos, y más si son buenos, y con el grande amor que les tienen tratan de levantarlos, honrarlos y enriquecrlos, y si pueden, hasta hacerles reyes, ¿qué hará Dios con sus hijos, que los ama con amor infinito y sus riquezas son infinitas? Por lo cual nos dice: *Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará cosas buenas a quien se las pida!* (Mt. 7, 11).

Pues si el amor carnal llega a tanto, ¿qué hará el amor de Dios el cual ama a sus hijos que están en gracia con amor infinito, como verdadero Padre?... Consideremos, pues, cuánto nos conviene orar, y perseverar y no desmayar: pues Dios tiene más cuidado de nosotros que nosotros mismos, aunque algunas veces nos prueba, para mayor corona, si esperamos al Señor. Aunque a veces tarda, esperemos que ya vendrá y nos consolará (Ibíd. c. 2).

7. El *gran* remedio para alcanzar el amor de Dios será pedirlo a Nuestro Señor con ansias y suspiros continuos, con suma confianza: porque no hay cosa que El dé de mejor gana, que este su amor, y para ello debemos ejercitarnos mucho en la consideración de los bienes que de El hemos recibido.

Por tanto, el *gran* remedio para alcanzar la contemplación será que el alma se ejercite en los actos y coloquios de amor con Dios muy a menudo, andando siempre y en todo lugar en oración con Dios a solas, apartada el alma y desnuda de todas las criaturas y de sí misma, y elevada, abnegada y escondida en su Dios con gran silencio. Porque sólo entonces, al estar sola con su Dios, está acompañada con El. Y callando, habla y descubre con el deseo del corazón sus necesidades y alcanza remedio para sus trabajos.

Los actos de amor que el alma ha de hacer para entrar en esta tan alta oración y contemplación, con la gracia de Dios, serán mirando a su Dios que presente tiene, gozarse el alma, ejercitando este gozo con el corazón interiormente, gozándose de que Dios sea Dios con todas sus perfecciones, bondad, hermosura, resplandor y gloria infinita, misericordia y sabiduría y omnipotencia infinita. Y debe tratar de ejercitarse en esto muchas veces, con gozo y contento del corazón, y decir mentalmente o con la boca algunas palabras amorosas, aquellas con las cuales el alma se mueva y encienda más en el amor de este Señor.

Otro gran remedio será que el alma se ejercite en la mortificación y oración, procurando que siempre anden juntas, guardando la paz, porque con ella vea mejor sus faltas para enmendarlas, andando siempre acechando y persiguiendo todos sus propios quereres y no quereres, para vencerlos y mortificarlos,

hasta que el alma no tenga propio querer, sino sólo el querer y no querer de su Dios, persiguiendo su voluntad, lo cual es cosa de alto valor y muy preciosa el vivir el hombre verdaderamente desnudo de toda criatura, y que dejada la afición de todas las cosas, y estando a todas muerto, se deje también a sí mismo, que no le quede nada de amor propio; de manera que cosa alguna del mundo que le pueda pasar, le dé pena ni inquiete, por saber que todo viene de la mano de Dios...

8. Otro remedio será que el alma considere la infinita caridad de Cristo, tanto la de su humanidad santísima, como su divinidad, y los muchos beneficios que la ha hecho, para que por aquí se inflame en su amor, hasta que acostumbrada, sin preceder meditación, en la primera reflexión del alma, su afecto valerosamente se encienda con Dios siempre que quiera. Esta inflamación es el único remedio y el solo instrumento, raíz y fundamento de la vida contemplativa; de donde se levanta el aspirar y anhelar el amor unitivo, con el cual el alma fiel aspira con abrasados deseos para que por amor se pueda unir al infinito amor, que es Dios, y de El ser absorta del todo. Y para que venga a tener consuetud y costumbre de este amor, se ha de acostumbrar a arrojar en todo lugar y tiempo unas oraciones abrasadas y unas jaculatorias a Dios, con coloquios de amor, de mil modos, con gran fervor, que manen y desciendan de un humilde, abstracto y resignado corazón, arrojándolas al corazón de Dios.

Este ejercicio del amor divino es el principio y fin de toda perfección, con el cual todas las tentaciones luego se quitan, y el alma es acosada y estimulada a darse prisa a la altísima semejanza de Dios, con la perfecta mortificación de todos los vicios, y consecución de todas las virtudes..., coloca al alma y la pone delante la desnuda presencia de Dios, al cual desea unirse inmediatamente; y así el alma se viene a unir y transformar, trasladando y traspasando su voluntad al divino beneplácito, para que con los encendidos deseos sea hecho una cosa con El, a lo cual nos hace llegar el amor...

Que este amor increado sea tan fervoroso entre Dios y tu alma, como un vehemente fuego; y el impulso y movimiento sea en tal manera continuo en ti, como tu respiración. Pues así como

ésta sin cesar entra en ti y sale, si quieres guardar la vida, así también la vida del amor consiste en una ferviente y diligente oración con un ferviente deseo para caminar a su principio y origen, esto es, al amor increado, que es Dios, para que se una a El única y singularmente, y goce, así como los rayos están unidos al sol. (Ibíd. c. 16.)

La oración lleva al conocimiento de Dios y el conocimiento al amor.

9. Tanto cuanto mejor haga el alma la oración, tanto más conocerá a Dios, y tanto cuanto más el alma conoce a Dios, tanto más le ama y se aficiona a El; y cuanto más le ama, más le pesa de haberle ofendido: y así se deshace en lágrimas y dolor con el pesar de haberle ofendido, y así va creciendo por este camino en el conocimiento de Dios: cuyo conocimiento no tiene fin, ni el pesar de haberle ofendido. Y así es muy grande la determinación que tiene el alma enamorada de Dios, de no ofenderle jamás, aunque le costase mil vidas.

Este amor tan grande que ha alcanzado el alma a su Dios la hace que crezca mucho en servirle cada día con más perfección, y que viva limpia de pecados, como un ángel. Y este amor la hace que sea muy agradecida a todos los beneficios y mercedes que ha recibido de su Dios; porque el que ama, tanto cuanto es mayor el amor con que ama al amado, tanto estima en más las mercedes que le hace... (Ibíd. c. 6.)

10. Es de tan alto valor esta luz y lumbre que del cielo viene al alma, que con ella se le descubre y da a conocer a su Dios, y de este conocimiento resulta en el alma un grande y abrasado amor de Dios, y a tanto como llegue el conocimiento de Dios, llegará el amor, porque lo uno y lo otro andan a porfía, pues, el amor, al ser fuego, da luz y calor, al entendimiento gran conocimiento de Dios y sus grandezas, y ese mismo conocimiento alimenta la voluntad. El conocimiento que adquiere de Dios la abrasa de amor a El, de cuyo amor resulta otro nuevo conocimiento, más alto y más claro de Dios, y este nuevo conocimiento la lleva a otro grado más alto del amor de Dios. Pues al elevarse

el alma a la contemplación de Dios, ¿a dónde llegará en ella este conocimiento y amor de su Dios?... (Ibíd. c. 12.)

11. Esta caridad perfecta que se alcanza con el ejercicio de la oración y contemplación, y la perfecta unión con Dios, es y se entiende ser un amor de grande amistad y familiaridad muy íntima con Dios, que trae consigo una grande unión y transformación del alma con Dios, que llega a tanto que cada uno da al otro todo lo que tiene y todo lo que es, y pide al otro todo lo que tiene y todo lo que es... Esta caridad hace que estimemos, honremos y reverenciemos en gran manera a nuestro Dios, al tiempo que nos despreciaremos a nosotros y a todas las cosas del mundo, por su amor.

De aquí nacen los ardentísimos deseos de padecer grandes tribulaciones, trabajos y adversidades, hasta morir y padecer martirio, por amor de este Señor: porque esta es la prueba mayor del amor, morir por el amado. Este amor hace que el alma viva lastimada de que Dios es ofendido, y desear sumamente la salvación de todas las almas... (Ibíd.)

12. Ayuda mucho para alcanzar el santo amor de Dios, pedirlo a Nuestro Señor con ansias y suspiros con suma confianza, porque no hay cosa que El dé de mejor gana, y ejercitarse mucho en las consideraciones, teniendo en cuenta el gran fruto que traen al alma (Unión c. 2).

Hay dos modos de orar, muy agradables a los ojos de nuestro Dios: el *uno* es con meditaciones y consideraciones santas, considerando a Dios dentro de nuestra alma, al que tratamos con particular familiaridad, considerando particularmente la infinita bondad y perfecciones de Dios, y los inmensos beneficios que de Dios tan bueno ha recibido, siendo tan indigno de ellos, y merecedor de grandes castigos por los males que contra un Dios tan bueno ha hecho, habiendo correspondido sólo con males a tantos y tan grandes bienes, sin haber sido castigado; por lo cual está en la gravísima obligación de servirle y amarle, en agradecimiento de tantas mercedes, por lo cual deberá vivir abrasado de amor a un Dios tan bueno y estar dispuesto a morir por su amor mil veces antes de volver a ofenderle.

El *segundo* modo de orar es la gran contemplación, en la cual

cesan ya las meditaciones y consideraciones, gozando ya el alma de lo que tanto deseaba, que es de su Dios, con grandes visitas de su amado, hallándose los dos a solas, estando el alma con su Dios muy levantada en espíritu como en otra región, gozando a solas de su Dios, tan olvidada de lo acá de abajo, y de sí, como si allá la hubiera plantado Dios el día que nació, y no en el mundo, no acordándose de otra cosa sino de lo que tiene presente, que es su Dios y amor. Y por ser este Señor de infinito valor, la hace olvidarse de sí y de todas las cosas creadas de acá abajo, toda puesta en su Creador presente a ella y ella a él.

En la oración busca el alma lo que desea, como es el amor de Dios y otras cosas de perfección, con meditaciones y santas consideraciones. Pero, al pasar a la contemplación goza quietamente lo que buscaba, que es a su Dios y amor, con grandes deseos de su amor. Allí terminan todas las meditaciones y reflexiones, y el alma admirada de cosa tan alta, divina y amable como Dios es, y las cosas que le comunica, está toda tan en Dios y en lo que le comunica, que por entonces no sabe ni entiende otra cosa sino lo que su amado allí le enseña y comunica. Ni sabe ni puede entender otra cosa, sino estar del todo en todo olvidado de sí y de todas las cosas de esta vida, lo cual le sucede por la grandeza de quien lo causa, que es su Dios, que la suspende en tan grande admiración, que sale de sí, toda puesta en el amor y conocimiento del que tanto ama y tiene presente, como si en el cielo y tierra no hubiese más que ella y su Dios... Es tan alto el valor de esta luz que del cielo le viene al alma, que la descubre a su Dios para que lo conozca, que de este conocimiento le viene el amor, el cual lleva a un mayor conocimiento de Dios. Y así el conocimiento de Dios y su amor andan a porfía, dando el amor luz al entendimiento para conocer las grandezas de Dios, y el entendimiento da a gustar al alma lo que conoce, y así se abrasa en el amor de Dios, de cuyo amor nace un nuevo y más subido conocimiento, y de este conocimiento una mayor grandeza de amor, y así se hacen la salva el uno al otro y se pagan como agradecidos (Unión c. 5).

Orar con perfección y gozar del gusto de la contemplación, es algo tan grande y un gusto tan exquisito que nadie merece

subir allí si no es el corazón que no tiene parte de sí por estar todo dado a su Dios y desnudo de todo amor propio, terrenal y carnal, estando el alma toda enajenada de sí y entregada a su Dios.

Yo sólo te sé decir, hermano mío, que nunca supe qué cosa era ser contemplativo, hasta que de mí no tuve ningún cuidado, y en la hora que de mí mismo me despedí, luego empecé a tomar gusto en la oración.

Son tan altas las iluminaciones que se reciben allí, y tan inefables las consolaciones, que si se llegan a gustar, no se pueden contar. (Ibíd.)

13. *Se preguntará, ¿qué es oración?*—Pues la oración es considerar el alma, puesta delante de Cristo Nuestro Señor, los muchos y grandes beneficios y mercedes que este Señor le ha hecho, y el amor tan grande con que los ha hecho, y lo mucho que, siendo Dios, por ella ha padecido por amor, desde que nació hasta que murió: para que por estas consideraciones se encienda en amor a tal Señor, que tales cosas ha hecho por ella, y agradecida se despierte a servirle con todas sus fuerzas y amar con todo su corazón, y a imitarle todo lo posible, correspondiendo a las mercedes con grande amor, servicio, agradecimiento y grandísimos deseos de padecer mucho por su amor.

Por estas y otras consideraciones, viene el alma a encenderse mucho en el amor de Cristo, y por este camino la comunica la contemplación, cesando las meditaciones. Porque las meditaciones y consideraciones son el camino para ella, y en llegando a este término y fin, cesan los medios (Unión c. 5).

14. Pues la contemplación, unión y transformación del alma en Cristo, es cuando mirando a este Señor clavado en la cruz, todo bañado en sangre y lleno de dolores, considerando que aquel Señor es su Dios, y que todo aquello padece por ella, se mueve a tanto amor hacia El, y con esa gran fuerza del amor con que lo ama, vienen a cesar las consideraciones, y sólo el afecto del alma, con el grande amor que le ha cobrado, como piedra imán le atrae a sí, y como se aman tanto el uno al otro, viene este Señor al alma, dejándose llevar de buena gana de su amada, que tanto le ama, y aposéntase dentro de ella, con cuya

asistencia la comunica lo que es y lo que tiene, como es, amor sumo y trabajos y muchas virtudes. Y así, cuando viene este Señor a ella, con el amor grande que la tiene, en un punto la hinche de dones, y vienen los dos a cobrarse tanto amor y tanta amistad, que los dos tendrán un solo corazón y una sola voluntad, y, llena de Dios está endiosada, cuya habitación es de Cristo, que, sensiblemente, siente en ella en gran manera, por la grande abundancia de su gracia que sensiblemente siente su presencia aunque no le vea (Unión c. 6).

Por la oración y petición la da Dios a conocer que ninguno tiene ni hace sin Dios, atribuyendo a su Dios todos los bienes. Y por los trabajos que de la mano de su Dios le vienen, la da a conocer lo mismo experimentalmente, tocándolo todo, como dicen, con las manos. ¡Oh, dichosos trabajos, que descubren al alma quién es ella y lo que le falta de bueno para procurarlo, enviándoselos Dios para que se humille! (Unión c. 20).

15. Mayores deseos tiene Dios de comunicarse con nosotros y de hacernos mercedes que nosotros tenemos de recibirlas; sino que está esperando que nosotros las deseemos, *las pidamos*, y tengamos verdadera hambre y deseos de alcanzarlas...

Quiere el Señor que tengamos grandes deseos de la virtud y perfección, para que, cuando El nos diere algo de esto, lo sepamos estimar y conservar como cosa muy preciosa y de inestimable valor...

Cuatro son los grandes reinos que hemos de alcanzar de Dios con la oración: Lo primero es la gracia y amistad de Dios; lo segundo, la paz del alma, y lo tercero es la contemplación y unión del alma con Dios. (Declaración del Padrenuestro.)

¡Bienaventurada el alma que todo su consuelo y alegría es tratar con Dios *en la oración*, amándole y adorándole, y humillándose delante de El! ¡Qué de luz divina comunicará Dios a la tal alma y qué conocimiento más grande de sí mismo, por el cual venga a abrasarse toda en su amor!... Y mientras más el Señor la levanta, ella, como humilde, más se abaja; que parece que Dios y el alma andan a porfía: Dios a levantarla y ella a abajarse; y así crece el alma en el amor de Dios y en la humildad y va más segura (Unión c. 19).

SAN LORENZO DE BRINDIS (m. 1619)

San Lorenzo nació en Brindis (Italia), ingresando en la Orden de los Menores Capuchinos, llegando a desempeñar el cargo de Ministro General. Predicador infatigable y elocuente, recorrió toda Europa. Fundamentaba su predicación en la Sagrada Escritura y la doctrina de los Santos Padres. Nos ha dejado su obra "Opera Omnia" en 15 volúmenes donde sobresale su "Mariale" del que se afirma que es lo mejor que se ha escrito sobre la Virgen María. Juan XXIII le otorgó el título de Doctor Apostólico.

1. Para llevar una vida espiritual que nos es común con los ángeles y los espíritus celestes, ya que ellos y nosotros hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, nos es necesario el pan de la gracia del Espíritu Santo y de la caridad de Dios. Pero la gracia y la caridad son imposibles sin la fe, ya que *sin la fe es imposible agradar a Dios.* Y esta fe se origina necesariamente de la predicación de la palabra de Dios: *La fe necesita del mensaje, y el mensaje consiste en hablar de Cristo.* Por lo tanto, la predicación de la palabra de Dios, es necesaria para la vida espiritual.

Pero una vez recibida la fe, hay que vivirla: *Mi justo vive de la fe.* Y hay que manifestarla en la caridad por las obras, mediante una oración *piadosa, humilde y perseverante.*

Piadosa y confiada, por eso manda Jesús que llamemos a Dios *Padre nuestro* para engendrar en nosotros un verdadero afecto de hijos. Y al decir *nuestro,* nos enseña que nuestra oración debe ser universal, porque todos somos hijos de Dios y destinados a participar del Reino que pedimos *venga a nosotros.*

Oración *humilde* como el mismo Jesús quiso enseñarnos con la hermosa parábola del fariseo y el publicano: *éste, puesto allá* (en un rincón del templo) *ni aun los ojos osaba levantar al cielo, sino que se daba golpes de pecho diciendo: "Dios mío, ten misericordia de mí que soy pecador". Os aseguro que éste* (por su humildad), *volvió justificado.*

Oración *perseverante:* Nos lo muestra el Señor con la parábola del amigo importuno que pide a media noche tres panes a su amigo, que se los niega al principio, *pero el otro porfía en llamar y más llamar. Yo os declaro* (dice el Señor), *que cuando no se levante a dárselos por razón de su amistad, al menos por librarse de su impertinencia, se levantará al fin y le dará cuanto hubiere menester* (Lc. 11, 5-8). *Así os digo Yo* (añadió Jesús): *Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá... Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos, dará el espíritu bueno a los que se lo piden!* (Ibíd. 13).

2. Y en el ejemplo de la mujer cananea, que a pesar del rechazo aparente de Jesús, no se acobarda y responde: "*También, Señor, los perrillos comen las migajas que caen de la mesa de sus señores*". Mereciendo que el Señor le dijera: "*¡Oh, mujer!, grande es tu fe; hágase como tú deseas*" *(Mt. 15, 21-28). (Sermón cuaresmal Opera Omnia V. 48-52.)*

3. Grande fue la fortuna de Ester que, siendo de condición humilde, mereció por su oración y penitencia ser esposa del rey Asuero, salvando así a su pueblo de la muerte. Pero la fortuna de la Virgen María fue mucho mayor, debido a su oración de ofrecimiento y humildad, cuando dice: "*Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*". Después que el arcángel Gabriel le ha dirigido la triple alabanza: *Llena de gracia: el Señor está contigo, y bendita tú eres entre todas las mujeres.*

Llena de gracia: Así como la luna llena recibe toda la luz del sol, del mismo modo María recibe de su Hijo Dios la plenitud de la gracia, de la cual participan los cristianos cuando invocan a la Virgen: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores..."

El Señor está contigo: Lo cual explica admirablemente el gran doctor San Agustín con estas palabras: "El Señor está contigo mucho más que conmigo; pues en mí está por haberme creado; mas en ti, por haberlo tú engendrado. De tal modo está el Señor contigo, que está en tu corazón, en tu seno, llena tu mente y llena también tu carne". Como si dijera: El Señor te

posee completamente identificándote con El todo lo más que una criatura puede identificarse con su Dios.

Bendita tú entre todas las mujeres: Notan aquí los Santos Padres la oposición entre María y Eva, afirmando que del mismo modo que Eva fue seducida por el discurso del ángel (Lucifer) para desobedecer a Dios, así María fue evangelizada por otro ángel (Gabriel) para llevarse a Dios, obediente a su palabra. El nudo de la desobediencia de Eva encontró solución en la obediencia de María cuando dijo: "*Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*". Tanto el ángel como Santa Isabel, la proclaman *bendita entre todas las mujeres*, que es lo mismo que decir *toda la humanidad*, como en el Magnificat profetiza la Virgen: *Me llamarán Bienaventurada* (Bendita) *todas las generaciones, porque el Todopoderoso ha hecho en mí cosas grandes" (Mariale V, Serm. 13).*

SAN JUAN BERCHMANS (m. 1621)

San Juan Berchmans nació en Brabante (Bélgica) el 1599, ingresó en la Compañía de Jesús en 1616 y hace la profesión religiosa el 1619. Y en seguida es enviado a la Ciudad Eterna para estudiar en el Colegio Romano, y allí ocupa la misma celda que había ocupado San Luis Gonzaga, del que era muy devoto. Subió a los cielos a los 22 años de edad, el 1621.

Si amo a María, puedo estar seguro de la perseverancia y de que todo cuanto quiera lo alcanzaré de Dios (por la oración); luego quiero amar a María, quiero amar a María... (P. Melús, María Siempre).

Debo poner todo el cuidado posible en hacer bien todas las mañanas la oración.

Si hago bien mi oración, no habrá ningún peligro de perder mi vocación; porque en el descuido de la oración está la

fuente y origen de toda apostasía de la religión... Quien hace bien la oración tendrá un cielo anticipado aquí abajo, y lo tendrá también después en el cielo (Opúsculos).

Quien no ama la oración no puede perseverar en la vida espiritual. Si no tengo el hábito de la oración, no podré vivir en paz en la Compañía. La oración desagrada tanto al demonio que no ahorra ningún esfuerzo para impedirla. Para extirpar los pecados desde sus raíces, debo, en primer lugar, hacer con diligencia el examen particular; en segundo lugar, el fervor en la oración; en tercer lugar, la mortificación en todos los momentos (Opúsculos).

SAN ROBERTO BELARMINO, Dr. (m. 1621)

Este ilustre jesuita, Arzobispo y Cardenal de la santa Iglesia, fue un gran defensor del papado e incansable apologista de la fe católica. Luchó contra los herejes y escribió maravillosos libros. Sus Controversias *obtienen un éxito editorial sin precedentes. Un librero protestante de Londres llega a decir: "Este jesuita me hace ganar más dinero que todos nuestros doctores juntos". Por este solo libro fue llamado por Benedicto XIV* Martillo de los herejes.

1. *Sobre la 4.ª palabra de Jesús en la Cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"*, establece un diálogo entre el alma y Jesús:

—Dime, Señor, durante el silencio de tres largas horas, ¿cesaste tal vez de orar? Porque cuando nosotros estamos atribulados y sufrimos, no podemos orar sino con gran fatiga.

—No hice Yo así, hijo mío, pues aunque la carne era débil, tenía siempre el espíritu dispuesto a la oración. Las tres horas aquellas las pasé rogando interiormente al Padre e intercediendo por vosotros. Y no sólo rogaba mi corazón, rogaban también mis llagas y mi sangre.

—Con esto, Señor, confundes la impaciencia de tu siervo, quien, si alguna vez oprimido por el trabajo o atormentado por los dolores, se pone a orar, penosamente puede levantar el alma a Dios, para pedir solamente por sí, y si con tu gracia lo consigue, no retiene mucho tiempo su atención sin volver a pensar en sus trabajos y dolores. Ten, pues, Señor, piedad de tu siervo, según tu misericordia, a fin de que, teniendo delante de los ojos el ejemplo luminoso de tu paciencia, aprenda a seguir tus huellas y a no detenerse, al menos en su oración, pensando en sus cruces. *(Belarmino, Las Siete Palabras, Madrid, 1882, 132-133).*

3. *Sobre la 7.ª palabra de Jesús en la Cruz,* escribe el Santo:

Un fruto muy provechoso es el aprender a orar frecuentemente. Así nos lo enseña nuestro Maestro cuando, en el momento de marcharse al Padre, exclamó: *"En tus manos encomiendo mi espíritu"*.

El no tenía la necesidad de orar que tenemos nosotros, porque era el Hijo de Dios, era Santo, nosotros, en cambio, somos siervos y pecadores. Por eso la Iglesia nuestra Madre y Maestra, nos enseña a repetir la misma oración, no cortada, como hizo Jesús, sino entera, como se encuentra en el salmo de David, que dice: *"En tus manos encomiendo mi espíritu, me habéis redimido, Señor de la verdad"* (Sal. 30). El Señor no dijo la última parte, porque El es el Redentor, y no el redimido. Pero nosotros que fuimos redimidos por su preciosa sangre, no la debemos omitir.

Hay muchos cristianos que suelen rezar esta oración en tres circunstancias. Primeramente en las Completas de todos los días. Después al recibir la Sagrada Comunión, añadiendo las palabras: *"Señor, yo no soy digno"*. Y, finalmente, se recomienda a todos los fieles que digan esta oración al acercarse la hora de su muerte. Entonces, con gemidos inenarrables, con verdadera y perfecta contrición, con mucha confianza en Dios, se debe repetir una y mil veces: *"En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu"*.

Decimos también esta oración al recibir la Eucaristía, por ser esta acción por una parte tan importante, y por la otra tan peligrosa; tan importante, porque quien no la recibe, no recibe el Pan de vida, o por mejor decir, la misma vida; y tan peligrosa,

porque si no la recibe como debe, recibe la muerte, el juicio y la condenación eterna.

Por lo cual se halla el hombre entre dos riesgos, cercado de dos angustias penosísimas, sin otro alivio ni remedio si no es levantar el corazón a Dios y pedirle su favor, diciendo: *Señor, yo no soy digno de que entréis en mi pobre morada*, si vos con vuestra piedad infinita no os dignáis venir a mi alma preparándola dignamente; por lo que os suplico que *digáis una sola palabra, y mi alma será sana*... y por ello, Señor, *en vuestras manos encomiendo mi alma*, para que en negocio tan arduo la asistáis, enderecéis y dispongáis para que no yerre, pues vos Señor, me redimísteis con el precio de vuestra sangre preciosísima.

Pues si hay tantos riesgos en recibir este manjar del cielo, ¿no sería mejor abstenernos de comulgar o hacerlo muy raras veces? No apruebo tal pensamiento; antes le condeno por malo, y digo que no es buen medio para llegar a recibirle dignamente; porque, como dice San Cirilo: "cuanto más tardes en comulgar, más indigno te haces de la comunión, añadiendo más pecados, y cuanto con más frecuencia te llegues a recibirle, tanto mejor lo recibes por la gracia que al recibirlo se te concede. Así que tanto mejor comulgarás cuanto con mayor frecuencia lo hicieres".

4. Otro punto podemos sacar del hecho de que la oración del Señor fue oída, para que, animados, seamos más fervorosos en encomendar a Dios nuestro espíritu. Había rogado al Padre... y su oración fue oída. La razón nos la explica el Apóstol con estas palabras: "*A causa de su reverencia*". Así como el Hijo prestaba reverencia suma al Padre, así el Padre escuchaba siempre sus plegarias.

Por eso nosotros, si queremos ser siempre escuchados por el Padre celestial, debemos imitar a Cristo, tener suma reverencia al Divino Padre y buscar siempre su honor y gloria. Así sucederá que también nosotros alcancemos todo lo que pidamos, especialmente lo que importa más que toda otra cosa, que, llegada la hora de nuestra muerte, reciba El en sus manos nuestra alma al salir del cuerpo, mientras el león rugiente se esfuerza en arrebatar la presa.

Así nos lo enseñan los santos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Por tanto, si nosotros estuviésemos llenos, como los Santos, de este temor de Dios y suma reverencia, no habría cosa que no pudiéramos fácilmente impetrar de nuestro Padre celestial *(Belarmino, Las Siete Palabras,* Madrid, 1882, 241-251).

5. No hay santo alguno que no haya sobresalido en la oración...

¡Ay de nosotros si nuestra vida fuera puramente activa! Porque cuanto intentemos aprovechar a los otros nos perjudicaremos a nosotros mismos, si no es que también les perjudicamos a ellos (Serm. 31 julio de 1599).

6. *Dice en otro lugar:* Aunque haya muchas ocupaciones, hay que reservar tiempo para la oración, que es el alimento del alma, y para la contemplación, que es como un sueño reparador. Hay que imitar a Moisés, que estaba a menudo en el tabernáculo, y salía de allí más preparado sobre lo que debía hacer para bien del pueblo *(Conderc, Vida de S. Roberto Velarmino).*

Si queremos alcanzar la perseverancia, no tenemos más remedio que pedírsela a Dios todos los días hasta la muerte... Es moralmente imposible que pueda vivir sin pecado quien no hace oración (Cit. por S. Ligorio).

SAN FRANCISCO DE SALES, Dr. (m. 1622)

San Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, es el Santo de la dulzura y Apóstol de la amabilidad. Con sus argumentos, pero principalmente con su dulzura y amabilidad, y sobre todo con su oración, convirtió más de setenta mil calvinistas. En colaboración con la santa baronesa de Chantal, funda la Congregación de las monjas Salesas, y escribe libros ascéticos maravillosos: Introducción a la vida devota, Cartas,

Tratado del Amor de Dios, *siendo nombrado "Maestro de la espiritualidad moderna, Doctor de la Iglesia y Patrono de los periodistas católicos".*

1. La oración, inundando el entendimiento de luz divina y templando la voluntad con el fuego del amor celestial, purifica al primero de sus ignorancias y libra a la segunda de los efectos depravados; es como agua de bendición que, mediante su riego, hace reverdecer y florecer las plantas de nuestros buenos deseos, limpia nuestras almas de sus imperfecciones, y apaga en nuestros corazones la sed de las malas pasiones...

Emplea todos los días una hora antes del desayuno, y si puede ser por la mañana temprano, en meditar, pues entonces tendrás tu espíritu más despejado después del descanso de la noche. No debes emplear más de una hora a no ser que tu padre espiritual te aconseje lo contrario...

Si sucediera que se te pasara la mañana sin haber hecho el ejercicio sagrado de la oración mental, por la multiplicidad de tus ocupaciones, o cualquier otro motivo (lo que debes procurar que jamás te suceda), has de suplir esta falta al día siguiente o el mismo día... Y si no la pudieres hacer en todo el día, debes reparar esta pérdida mediante las jaculatorias..., con la firme resolución de no reincidir... *(Vid. Dev. P. 2 c. 1).* La práctica seria de este ejercicio es una de las cosas más importantes en la religión y en la vida espiritual *(Direct. Esp. c. 2).*

2. Todos los días tendréis la oración, a menos que algún quehacer muy imperioso os lo impida... (Frag. 164).

Emplea cada día una hora entera en la oración, si pudieres, y mejor si la haces por la mañana temprano. Si puedes la harás en la iglesia, porque podrás estar más recogido y no te la estorbarán como si la hicieses en casa.

El Rosario es también una muy útil manera de rezar, sabiéndolo decir como conviene; pero si gozas del don de la oración mental, debes darle a ésta la preferencia, pues la oración mental es más agradable a Dios y más útil al alma.

Si por algún imprevisto algún día no pudieres hacer la oración por la mañana, deberás suplirla por la tarde o cuando puedas. Y si en todo el día no la pudieres hacer, repararás esta pérdida multiplicando las oraciones vocales o haciendo alguna penitencia que supla esta falta, y tratando de hacer lo posible al día siguiente para que no te vuelva a ocurrir esta falta. (Vid. Devota, p. II c. 1).

3. Aquí en la oración es donde debemos perseverar continuamente, y créeme, hermano, que no podremos ir a Dios Padre si no es por esta puerta. Y no tienes que apresurarte para rezar mucho, sino procura decir de corazón lo que dices; pues un solo Padrenuestro rezado con atención, vale más que muchos rezados veloz y apresuradamente (Ibíd.)

Cuando en la oración os sentís secos y sin devoción, ¿pensáis que no ganáis nada con insistir en la oración? Mostrad a Dios vuestra miseria. La mejor manera que tienen los mendigos para ganarnos el corazón es cuando descubren a nuestros ojos las úlceras y miserias de su indigencia. Pero a veces, me decía, ni siquiera eso podéis hacer, sino que permanecéis tan fríos y secos como una estatua. No es poco. En los palacios de los reyes y de los príncipes se colocan estatuas que no sirven más que para deleitar la vista del monarca; contentaos con servir de eso en presencia de Dios. El animará la estatua cuando quiera (Epistolario).

SAN SIMON DE ROJAS (m. 1624)

Fue un humilde religioso trinitario que sobresalió por su tierno amor a la Virgen, su austeridad y profundísima oración. Todos los conventos de la Orden se lo disputaban como superior. Le ofrecen la mitra de Jaén y Valladolid que rechaza por humildad, prefiriendo seguir en su cátedra de profesor. Escuchan sus lecciones quienes llegarán a ser obispos, mártires, cate-

dráticos y santos. Escribió un gran libro sobre la oración de donde son extraídas estas páginas. Fue canonizado el 3-7-1988.

1. *Que la oración obliga bajo precepto divino.*—Viendo Dios que en lo que más nos importa andábamos perezosos, no quiso dejar a nuestra cortesía este soberano ejercicio de la oración, sino obligarnos a orar con particular precepto. De manera que así como estamos obligados a amar a Dios y al prójimo, a dar limosna a los necesitados y a perdonar a los enemigos, de igual modo se nos obliga a orar, como enseña Santo Tomás, advirtiendo que este mandamiento no es invención humana, sino divino-natural y divino-positivo.

Digo divino-natural, porque la misma razón enseña que estamos obligados a dar reverencia y culto a Dios, el cual principalmente se le da orando. Y digo divino-positivo, pues Nuestro Señor Jesucristo, nos dice por San Mateo: "*Pedid y se os dará*" (Mt. 7, 7); y por San Lucas: "*Conviene orar siempre*" (Lc. 18, 1), sobre cuyas palabras declara San Juan Crisóstomo, que la expresión *oportet*, indica necesidad y obligación de mandamiento.

2. Y la razón teológica hace cierta esta verdad, porque, como enseña Santo Tomás, toda obra necesaria para alcanzar el cielo, cae bajo precepto divino, y tal es la oración, como consta de las palabras del Salvador que acabo de referir, y de otras muchas que podríamos traer aquí. Todo lo cual exponen sabiamente gravísimos doctores como el Abulense, Alejandro de Alés, con San Antonino, etc., etc.

3. Por eso dice Juan Gersón que la oración es la unión del alma con Dios, seguro puente para ir al cielo, y muro para resistir las tribulaciones. San Dionisio Areopagita dice que es la elevación de la mente a Dios...

4. Sobre aquellas palabras de Cristo: "*Amén, amén dico vovis*", dice San Jerónimo: En las Divinas Letras la palabra *amén*, unas veces afirma y asevera lo que va diciendo, y es tanto como decir: esto que digo es cierto y verdadero. Pero si

el *amén* se repite dos veces, quiere decir que lo que se afirma es verdad infalible.

Queriendo, pues, el Unigénito del Padre, que acudiésemos a Dios confiadamente, nos dice: *Amén, amén, dico vovis: En verdad, en verdad os digo: todo cuanto pidáis al Padre, os lo dará en mi nombre* (Jn. 16, 23). Como si dijera: Os prometo infaliblemente, que os dará lo que le pidiereis... Pues como dice San Bernardo, cuando Jesucristo dice: *en verdad en verdad,* jura por la eterna Verdad, que es la misma indivisible esencia de Dios, y pues con tal juramento nos asegura de concedernos lo que nos promete, gran infidelidad y aun grosería será no creer al Hijo de Dios, que con tal juramento fortifica su promesa.

El Glorioso San Basilio, tratando del gran agravio que hace a Dios el que pide cuando lo hace con desconfianza, dice de esta manera: *non recte petisti, quia dubitabundus petisti,* esto es, si no alcanzas de Dios lo que pides, no te espantes, pues no pediste con rectitud, pidiendo con duda o desconfianza. (Basil. lib. I de Const. Monát. c. 2). (La Orac. Grand. P. 3. c. 3.)

5. *Todo lo que pidiereis...*—¿Qué palabras más dulces y regaladas puede haber dicho nunca Dios que las dichas a Salomón cuando le dijo: *"Pídeme lo que quieras que te lo daré"?* (Par. I, 7). Sin embargo, aquella promesa no fue nada en comparación con la que nos hizo Jesucristo cuando dijo: *"En verdad, en verdad os digo, que si algo pidiereis al Padre en mi nombre os lo dará" (Jn. 16, 23).* Pues, ¿qué tienen que ver aquellas palabras, dichas a un hombre solo, con las que aquí nos dice a todos Jesucristo? Porque aquellas fueron limitadas y dichas a un solo y particular hombre, pero el sobrescrito de éstas dice a todo el género humano, sin nombrar a uno en particular, porque a ninguno exceptúa en general; y así es que como estas amorosas palabras del Salvador no exceptúan personas, tampoco exceptúan cosas, porque como ya hemos dicho, esta promesa que el Hijo de Dios hizo al hombre, es como un cheque firmado en blanco para que vos le pongáis lo que quisiereis, porque cuantas cosas pidiereis, se harán. Cielo, tierra y ángeles, sol, luna, estrellas y elementos, todo es vuestro por medio de la oración. Y aun eso no es nada, porque hasta el mismo Dios se os da si en nombre de Cristo lo

pedís. ¡Oh, gran tesoro! ¡Oh, inestimable galardón! ¡Oh, hidalguía y franqueza del pueblo cristiano, levantado a tan soberana dignidad, que por medio de la oración todo lo pueda y todo lo alcance de Dios!

Esta palabra que aquí pone Jesucristo: *dico vovis*, Yo os digo, tienen gran énfasis y majestad, tanto, que en tiempos pasados, con sola ella, persuadían cuanto querían los profetas, como será fácil de ver en muchos pasajes de la Sagrada Escritura. Tal es esta palabra, que dice San Agustín, que ella sola bastaría para que de muy buena gana los ángeles dejasen el cielo, teniéndose en ello por muy dichosos...

6. En todo el capítulo 16 de San Juan, con diferentes palabras trata el Señor de consolar a sus discípulos, previniéndoles ante su pasión y próxima ausencia. Y así, con las anteriores palabras, parece decirles: "Yo me voy al Padre y así no me podréis tener como ahora, siempre presente, pero no por eso temáis ni desconfiéis que os faltará cosa alguna, porque Yo os juro en verdad de verdad, que cuanto al Padre pidiereis en mi nombre, esto es, poniéndole delante esta muerte que voy a padecer, todo os lo concederá".

Y para mejor entender la fuerza de esta divina promesa, es bien advertir con San Jerónimo, lo que la palabra *amén* significa en la Sagrada Escritura, especialmente cuando es pronunciada dos veces repetida. Porque unas veces es nombre y sirve de tal, otras es adverbio. Cuando es nombre, su significación es fidelidad y veracidad, la que un hombre constante y verdadero debe guardar en sus dichos y en sus hechos; en el cual sentido se ha de entender aquel lugar de Isaías que dice: *benedicetur in Deo, amén:* será bendecido en Dios, que es fiel y verdadero. Y en el mismo sentido se entiende aquel texto de San Juan: *haec dicit, amén, testis fidelis.* Esto dice Dios, que es la misma verdad y fidelidad.

Pero cuando esta palabra *amén* es y sirve de adverbio en la Sagrada Escritura, significa dos cosas; porque unas veces consiente y otras afirma. Significa consentimiento aquello del Deuteronomio cuando decía Moisés: Maldito el que adorare ídolos, y respondía todo el pueblo: *amén*. Y volvía: Maldito el que desprecia a su padre, y el pueblo respondía; *amén*, esto es,

"así sea", pues consentimos en que caiga esa maldición si esas cosas hiciéramos.

Otras veces la palabra *amén*, en las Divinas Letras, afirma y asevera lo que se va diciendo, y es tanto como decir: esto que digo es y será cierto y verdadero. Pero si la palabra *amén* se repite dos veces, quiere decir que lo que se afirma y promete será certísimo e infalible.

Queriendo, pues, y deseando el unigénito del Padre que acudiésemos a Dios confiadamente, nos dice: *amén, amén*, esto es, infaliblemente os dará lo que pidiereis... Por eso dice San Bernardo: "Cuando vosotros decís, en verdad, en verdad, juráis por la humana verdad, lo cual no es en realidad juramento. Pero cuando es Jesucristo el que dice: en verdad, en verdad, jura por la eterna Verdad, que es la misma indivisible divina esencia de Dios, con el cual juramento nos asegura lo que nos promete con absoluta fidelidad y con verdadero juramento fortifica su promesa...

7. *¿Qué es más perfecta, la vida activa o la contemplativa?*—La respuesta a esta pregunta nos la da el mismo Señor al sentenciar en favor de María, diciendo: "*María ha escogido la mejor parte*" (Lc. 10, 42). Y para dejar esta verdad aún más clara, reprende la solicitud de Marta; de suerte que alaba a una y reprende a la otra.

Pues si Marta en lo que andaba afanada era en servir a Cristo y a los Apóstoles, y así la riñe el Salvador, ¿qué nos diría a nosotros que gastamos el tiempo en regalarnos y ofenderle?

A Marta, hospedando al Salvador, le falta lo mejor; a nosotros que tan lejos estamos de hacer este oficio, ¿qué nos faltará? De suerte que aunque es buena la parte de Marta, mejor es la de María, dice San Agustín, de cuya doctrina y de otros santos, pondré aquí algunas razones en favor de María, en cuyo favor, dijo San Gregorio: "Grandes son los méritos de la vida activa, pero más excelentes los de la contemplativa".

La primera razón por qué la vida contemplativa sea más perfecta que la vida activa, es porque la primera va encaminada a lo que atañe a la salvación del alma, y aspira a la unión espiritual con Dios, mientras que la vida activa se refiere más bien al

cuidado material de las cosas precisas para esta vida carnal o al cuidado espiritual del prójimo mediante el uso de prácticas o ejercicios corporales o intelectuales.

La segunda razón, porque la vida contemplativa es más segura, pues siendo su hermosura interior y secreta, es tenida por ociosa, siendo así que interiormente están extraordinariamente activos. Por el contrario, como las obras de la vida activa brillan tanto y resplandecen tanto a los ojos, porque el día del juicio mucho resplandece la limosna, el visitar pobres, casar huérfanas, confesar y otras semejantes, por lo que está sujeta a mil vientos y peligros de vanidad, de todo lo cual están exentos los que se dan a la vida contemplativa.

Una de las muchas razones que trae Santo Tomás para persuadir la mejoría de la vida contemplativa, en cuya razón largamente se extiende para probar ser de mayor mérito, y si lo es, como él afirma, está claro que es mejor que la activa (22 q. 182, a. 1 et 2). Pero, además, advierte, hay otra razón muy importante en la cual es manifiesta la ventaja que hace la vida contemplativa a la activa, porque ésta necesita de muchas cosas, como son: tiempo y salud para trabajar; riquezas, para hacer limosnas, etc., etc., mientras que para dedicarse a la vida contemplativa no se necesita nada de esto: sanos y enfermos, ricos y pobres, sabios o ignorantes, afligidos y atribulados, siempre nos podemos dedicar a la oración.

Por eso reprendiendo el Señor a Marta la dijo que se afligía por muchas cosas: túrbante muchas cosas y por eso tengo compasión de ti...

8. *La oración es más importante que los estudios y hace más sabios.*—Ponderando el Espíritu Santo la sabiduría de Salomón, nos viene a decir que fue tan grande que sobrepujó a la de todos los hombres. Tal como afirma el texto sagrado, en sabiduría nadie le igualó, y ésta no estudiando, sino por la oración la consiguió.

Pues, ¿qué hombres más rudos e ignorantes que los Apóstoles, de quienes dice San Pablo que eran la ignorancia y la estulticia del mundo? Y puestos en oración, de tal suerte los visitó con su plenitud el Espíritu Santo, que de ella salieron de ignorantes

del mundo hechos sabios del cielo; tanto que de oírlos con tanta luz y fuerza soberana hablar, estaban atónitos y espantados todos los de Jerusalén.

San Bernardo, ponderando este suceso, se admira viendo lenguas de claro y resplandeciente fuego sobre entendimientos bastos y groseros; con lo cual, dice: recibieron tanta luz y conocimiento del Espíritu Santo, que bastaron con ella para desterrar las tinieblas que en el mundo había, dejándole claro, docto y desengañado.

La razón de esto es clara, porque los sabios del mundo estudian leyendo, pero los sabios de Dios aprenden orando. Aquéllos en su lección tienen por maestro al libro, mientras que éstos, en la oración, tienen por maestro al Espíritu Santo. Y esto creo debe ser lo que San Agustín confiesa de sí, que las dudas que tenía en la lección se las declaraba la oración (Lib. 1 de Trinitate). Y el glorioso Santo Tomás, gran lucero de la Iglesia, por sus historias, nos consta que, para resolver muchos de los artículos, se valió de este sabio medio de la oración. Y de San Bernardo sabemos que se iba a los bosques y lugares más solitarios para darse con mayor quietud a la oración, de la cual, más que no del estudio, confiesa él que sacó el conocimiento de las Sagradas Escrituras...

Con esta doctrina se declaran unas palabras de Dios al alma, que dice: "*El que me ofrece sacrificio de alabanzas, ése es el que me honra; y ése es el camino por el cual manifestaré al hombre la salvación de Dios*" (Sal. 49, 23); esto es: Me ofrecerá el sacrificio de alabanzas, y en ese sacrificio y oración está el camino, en el cual yo enseño el camino de la salvación. Adonde se note que en la oración especialmente, como en cátedra diputada para ello, se enseña y aprende el camino de la salvación, que es la suprema sabiduría. Por lo cual, siendo tan sabia la oración, será justo que no deis al libro todo el tiempo, sino que igual y fielmente partáis y dividáis el niño a las dos madres de la oración y lección, como hizo el Sabio a quien Dios enseñó en la oración (1 Reg. 14).

9. *La oración es el camino para adquirir todas las virtudes y principalmente la humildad.* Despídase, pues, de aprender humildad y conocer la pequeñez y poquedad propia el que no usare el santo

ejercicio de la oración, en la cual Dios enseña al alma sólida y verdadera humildad... De manera que si no oras, te desconocerás a ti mismo; pero si quieres saber quién eres y el solar de tu origen y principio, y por ese camino granjear esta alta virtud de la humildad, súbete al homenaje y atalaya de la oración... Arrodíllate ante Dios y puesto un rato en oración dentro de ti..., y conocerás con humildad que todo es vanidad...

Y porque se extienda y encumbre más el imperio y gloria de la oración, quiero dar un paso más adelante, y mostrar cómo hace esta virtud a un alma fuerte, así en el resistir y defenderse, como en el ofender al infierno y a los príncipes de las tinieblas. De la gloriosa virtud de la fortaleza no se puede en pocas palabras decir las grandezas que en muchas, con su grave estilo escribía Santo Tomás. Bastaría por panegírico en el género demostrativo de toda alabanza de esta virtud, decir que, siendo el martirio, como enseña la teología, obra de excelentísima caridad, y como sin fortaleza no hay martirio, ni fortaleza sin oración, como enseña el Doctor Angélico (2-2 q. 123-124, a 2). ¡Oh, soberana oración, que tan santo y generoso brío pones en el alma que te usa y de ti se vale, que por tu medio es hecha fuerte la que solía ser cobarde, y la que solía rendir las armas..., ya por tu medio resiste, pelea y vence!

La oración es tan fuerte que vence al demonio y triunfa de sus tentaciones. Por ello el glorioso Papa San Gregorio, en diferentes lugares sobre Job, ponderando el odio y enemistad que tiene Satanás al hombre, dice que sobre ninguna cosa más vela y se desvela, que sobre seguirle y perseguirle (cuando hace oración) teniendo por ganancia propia todas nuestras pérdidas... Y así vio San Antonio que todo el mundo lo tenía lleno de multitud de lazos, de los cuales entendió por revelación que solamente se podían librar los humildes de corazón (por la oración).

Es cosa tan poderosamente fuerte la oración que por ella el justo, todo lo puede y todo lo vence. Por eso, el bienaventurado San Agustín, hablando del valeroso martirio de San Esteban, y, en particular de aquella su valerosa oración que entonces hizo pidiendo por sus enemigos que le apedreaban, dice que por ella hoy la Iglesia tiene a San Pablo. Porque aunque es verdad que

antes que hubiese mundo ya Pablo había sido predestinado y escogido por Dios, con todo eso determinó Dios que el venir a la Iglesia y convertirse de perseguidor en predicador de ella, fuese mediante la oración de San Esteban, porque, como la teología enseña, Dios que predestina los fines, determina también los medios con que esos fines se han de conseguir y alcanzar. El *fin* fue salvar a San Pablo, trayéndolo por apóstol a su Iglesia, y el *medio* quiso que fuese la sagrada oración de San Esteban, sin la cual ni se hubiera convertido ni salvado el Apóstol.

10. Con un singular ejemplo de las Sagrada Escritura se manifiesta y confirma esta doctrina. Cuando prometió Dios a Abraham que por su hijo Isaac iba a tener tan multiplicada sucesión, da Dios a Isaac a Rebeca por mujer, la cual era estéril; pero haciendo Isaac oración, alcanzó la fecundidad de su mujer y los hijos. Pregunto: ¿qué necesidad había de la oración de Isaac, supuesta la promesa de Dios que había de tener hijos? Una vez hecha la promesa por Dios, no podía fallar, y siendo Dios de tal condición, que no se puede mudar ni cambiar de parecer, como se mudan y cambian los hombres, ni con el tiempo le puede faltar poder para cumplir lo que promete, pues, ¿para qué hace oración Isaac, que parece, en este supuesto caso, superflua y demasiada? Había Dios determinado dar gran sucesión a la casa de Abraham en su santo hijo Isaac, y como había determinado este *fin*, de igual forma había previsto el *medio*, que era la devota oración de Isaac, mediante la cual fecundó Dios a la estéril, y así no fue superflua ni demasiada la tal oración, sino antes santa y necesaria y medianera de que se cumpliese la determinación de Dios y su divina voluntad.

Pues la misma conclusión debemos sacar de la oración de San Esteban, pidiendo por los que le apedreaban y consentían en su muerte; porque de éstos era uno Saulo a quien alcanzó la oración, y por aquel medio le trajo Dios a su Iglesia, como *ab aeterno* lo había determinado traer.

De manera que quiere Dios, y es su voluntad, que le pidáis y pidiéndole os humilléis y confeséis vuestra pobreza e insuficiencia, y que por este santo ejercicio de la oración, que es el *medio*, recabéis de su divina liberalidad las mercedes que *ab aeterno*

determinó haceros; porque la oración es la llave que abre los tesoros de la misericordia de Dios.

¡Oh, cuánto pueden con Dios todos sus siervos con esta arma de la oración! Prendió el impío rey Herodes a San Pedro, príncipe de la Iglesia: lo encierra en la cárcel, lo sujeta con gruesas cadenas, lo custodian gran número de soldados armados, y haciendo la Iglesia por él oración, tanto pudo ésta que rompió las cadenas, abrió las puertas, adormeció los guardias y puso a salvo al glorioso apóstol...

Algo parecido nos cuenta San Lucas que sucedió en Macedonia a San Pablo y Silas; porque hallándose presos en la cárcel, puestos en oración, se les abren todas las puertas y hasta consiguen la conversión del carcelero...

11. Por la oración se sustenta y reforma el mundo, y es por eso que debemos estimar en mucho la oración de los justos.

Han hoy llegado a tal extremo las cosas, que es verdad decir que el mundo está perdido... Pues es tal el mal y enfermedad del mundo, que, desde los pies a la cabeza, apenas nadie se salva, mayores y menores, señores y vasallos, reyes y pastores, todos andan desquiciados y perdidos. ¡Qué de almas, por su mal vivir, apartadas de Dios! ¡Qué de reinos, por su infidelidad, le han dejado! ¡Qué de provincias, ciegas y llenas de herejías, le han vuelto las espaldas! Y entre católicos, ¿quién será bastante a contar los insultos, robos, agravios y otros mil cuentos de maldades que hay?... Pues, siendo los males del mundo tantos, estando tan por puertas, no solamente las personas, pero los estados enteros, ¿cómo Dios de una vez no lo acaba? ¡Oh, cuán a nuestro propósito responde el glorioso San Jerónimo, diciendo: Que es la oración de los justos y buenos tan poderosa, que por ella sufre y sustenta Dios el mundo. Por ella, disimula y espera, y por ella envaina la espada de su rigurosa justicia. Cierto que, aun cuando la oración no tuviera otra grandeza, ésta era bastante para adorarla, usarla y amarla con todas nuestras fuerzas...

El apóstol Santiago en su epístola canónica, encarándose contra los ricos y poderosos del mundo, provocándolos a

lágrimas, les da al cabo como remedio la oración de los buenos, porque, dice, mucho valen y muy poderosas son delante de Dios las oraciones de los justos.

No son las armas las que pueden salvar los estados y el mundo, sino las oraciones de los santos, que si así no fuese, ¡cuánto ha que habría acabado Dios con nosotros, según son de numerosas nuestras culpas con las que le provocamos! ¡Oh, cómo es mejor lanza la oración de un alma buena, que la del más esforzado capitán! ¡Oh, cómo un religioso, con su oración sin pelear, consigue más desde su celda que todo un ejército desde las trincheras!...

12. *Todas las gracias se alcanzan por la oración.*—Es tanta la grandeza e importancia de la oración, que ya desde toda la eternidad tiene determinado Dios dar por ella todas sus gracias, conviene a saber, todos los inefables bienes de gracia y gloria, como enseña Santo Tomás (1-2, q. 199, a. 3).

La limosna es de tanta virtud, que le parece a San Agustín caso imposible con el que la usare, no la use Dios con él, y no porque esté obligado a hacerlo, sino porque es tal su condición y bondad, pues siendo Dios tan liberal, lo es particularmente con los que usan la misericordia con los demás.

Digamos, pues, igualmente, que la oración por sí no da la gracia al alma, ni tampoco gloria, pero dispone el corazón para que sea capaz de las misericordias de Dios. ¡Oh, soberana oración, que das al hombre corazón dispuesto para que reciba y goce sus mayores tesoros, como son los que pertenecen a la gracia y a la gloria!

Así lo enseñó San Agustín, cuando dijo: Ninguno llega a la gracia sin el favor divino, y ninguno recibe este favor sino por medio de la oración". Como si más claro dijera: aunque por otras virtudes se alcanza, pero muy especialmente por ésta, porque tiene entre todas las virtudes el oficio de pedir, al cual corresponde el dar de Dios, conforme a la doctrina del Salvador: *Si ergo vos cum sitis mali, nostis bona data dare filiis vestris, quanto magis Pater vester coelestis dabit spiritum suum peténtibus se?* (Lc. 11, 13); esto es: si vosotros, siendo tan escasos, dais lo mejor a vuestros hijos, ¿qué no daré yo a los míos? Cierto, les dará mi Padre celestial su

espíritu a los que se lo pidieren; donde por espíritu comúnmente los santos entienden la gracia del mismo espíritu, y ésa da Dios a quien la pide, porque por medio de la oración se alcanza...

¿Qué cosa es la gracia? —Será bien declarar la naturaleza de la gracia, para que, visto su esclarecido ser, crezca en nosotros el amor y reverencia de la oración, que a tan eternos tesoros nos dispone. La gracia es cosa mayor que cuanto se puede decir, ni escribir, ni entender, porque es una participación del ser divino y un parentesco con la naturaleza de Dios. Lo cual, dicho más claro, es decir que la gracia es emparentar con la bondad, sabiduría y hermosura infinita de Dios, mediante el cual parentesco, desprende el hombre de sí su bajeza y villanía, heredada de Adán, y se hace participante del noble ser de Dios.

Así lo afirmó el apóstol San Pedro, con estas palabras: *Maxima et pretiosa nobis... donavit, ut essemus divinae consortes naturae* (2 Ped. 1, 4). Nos dio, dice, Cristo grandes y preciosos dones, y entre ellos éste que tan a los ojos se viene, que por medio de su gracia subiésemos a la participación de su divina naturaleza. De suerte que, así como el hierro metido en medio del fuego, sin dejar de ser hierro, se vuelve resplandeciente como el mismo fuego: así el hombre, sin dejar de ser hombre, viene a ser Dios por participación.

13. Y si más quisiereis insistir en saber qué cosa es gracia, he de deciros que ella es el primer atavío y el primer aderezo que da Jesucristo al alma cuando le sirve, y es una vestidura de brocado, que de quilates levanta el alma y la deja tan hermosa, que todo lo creado, aunque se incluyan los ángeles en su ser natural, con toda su natural hermosura, parece y es feo en comparación de la hermosura que la gracia causa en un alma. Tanto que, si pusiéramos en una balanza un grado sólo de gracia, y en la otra todo lo creado en cielo y tierra, pesaría incomparablemente más aquel solo grado de gracia, que todo el cielo y la tierra, con grandísima ventaja. Pues la ventaja que hace el cielo a la tierra, y el espíritu al cuerpo, y el tiempo a la eternidad, ésa y *aún mayor* hace la gracia a todo el ser natural. ¡Oh, gracia divina! ¡Tú eres, pues, aquella vestidura de oro y carmesí, y de mucha variedad con que se atavía la Reina, que es el alma en gracia y

amistad de Dios! ¡Oh, divina gracia, que tú eres aquella delicada vestidura de diferentes colores que Jacob hizo a su querido hijo José!... ¡Tú eres, oh gracia soberana, aquella estola primera y más principal que el padre misericordioso dio a su muy travieso y desbaratado hijo pródigo, cuando con lágrimas volvió por el perdón a la casa de su padre! Y ésta es la que se da al alma justa cuando se convierte a Dios.

Pero es necesario advertir que cuando Dios otorga la gracia, ésta no viene al alma sola, porque con ella le concede Dios todos los dones del Espíritu Santo y todas las virtudes infusas, para que con ellas, como con rica cadena de oro y piedras preciosas, se atavíe y hermosee para agradar a Dios...

Por eso se llama con razón a la gracia "vestidura de salud y de justicia", pues con ella somos salvos y justificados, alcanzando de Dios cumplida justicia y salud para nuestras almas. ¡Es, pues, tal el poder y valor de la oración, que para tan grandes bienes dispone y encamina el alma!...

14. Otra condición de la oración, muy importante, es que sea seguida y continuada con perseverancia, como nos lo enseña Jesucristo, con estas palabras que dice: *petieritis*, esto es, si pidiereis una, dos o más veces, insistiendo y perseverando sin tregua hasta alcanzarla.

Esta diferencia —según San Lorenzo Justiniano— existe entre Dios y los hombres: que éstos, ni quieren, ni sufren ser importunados; pero Dios, como es tan generoso, quiere serlo, e incluso gusta de ello. Porque si no le gustara, ni quisiera que le pidiéramos con insistencia, no nos hubiera dicho: *Ne impediaris orare semper* (Ecli. 18, 22), esto es: que no haya nada que te impida o estorbe el importunarme siempre. Ni tampoco dijera en otra parte: *Ne taciatis et ne detis silentium ei, donec stabiliat;* esto es: Dame voces y gritos, y no me dejéis, hasta que os dé audiencia y firme vuestras peticiones. Ni tampoco Cristo nos dijera por su Evangelista: *Orad siempre sin cesar* (Lc. 18, 1). Ni por El mismo nos mandara hacer en todo tiempo oración para así escapar y ser libres de tantas tribulaciones como han de sobrevenir al mundo antes del juicio final.

¡Oh! cómo conocía la hidalga y agradable condición de Dios

su Apóstol que con nuestras importunidades no se cansa, pues en una de sus Epístolas (1 Tm. 2, 8) nos exhorta a que hagamos oración *en todo lugar,* lo cual con encarecidas palabras repite en otros lugares (1 Tes. 5, 17; Col. 4, 2) porque sabía el gran valor de la perseverancia y que por sólo ella se consigue la corona.

El glorioso San Basilio, para persuadirnos de la gran necesidad que tenemos de perseverar en la oración, para impetrar las gracias que necesitamos, nos recuerda los sagrados lugares de la Escritura en los que se echa de ver la fuerza de la perseverancia. Uno de ellos es aquel de San Lucas en el que nos dice cómo aquel amigo inquietó y despertó a su vecino, pidiéndole tres panes; y dice que se los dio, *no por ser su amigo, sino por librarse de su importunidad y perseverancia.* Y saca luego esta consecuencia nuestro Salvador: *et ego dico vobis, petite et daviturvobis.* Como si dijera: Perseverando como aquél perseveró, alcanzaréis como él alcanzó, porque en vuestro perseverar y pedir, está vuestro alcanzar y recibir.

15. Del otro lugar hace el mismo San Lucas mención hablando de aquella diligente y cuidadosa pleitante, que sin dejar uno, iba todos los días a reclamar al injusto y desalmado juez, que no temía a Dios ni respetaba a los hombres, el cual, echando cuenta consigo el mismo juez, dijo: *Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, haré justicia a esta mujer, por librarme de su importuna molestia;* a lo cual, añade Cristo: *Audite quid judex iniquitatis dicit: Deus autem non faciet vindictam electorum suorum clamantium ad se die ac nocte: et patientiam habebit in illis? Dico vobis quia cito faciet vindictam illorum.* Esto es: si el juez de maldad siendo importunado guarda justicia, el justo y recto juez que es Dios, ¿cómo no volverá por sus amigos si de día y de noche le llaman y piden su favor?

Dice el glorioso San Agustín que Dios no nos concede muchas veces de inmediato lo que le pedimos, sólo para obligarnos a perseverar en la oración; cuya tesis apoya también el bienaventurado San Anselmo, diciendo: *Saepe Deus differ ut magis excitet: non differt quia non velit dare sed ut aucto desiderio, abundantius possit dare:* Muchas veces, dice, difiere Dios su dar, para que se despierte nuestro pedir: no lo retrasa porque no nos quiera

dar, sino para aumentar nuestro deseo y así hacernos más cumplida gracia y merced.

Bien se vio en práctica esta teoría con la mujer cananea, la cual pidiendo para su hija la salud, la desechó el Salvador una, dos y aun tres veces, pero porque perseveró, mereció ser oída e incluso alabada por Cristo con estas palabras: *¡Oh, mulier, magna es fides tua, fiat tibi sicut vis!* (Mt. 13, 28). ¡Oh, mujer, grande es tu fe, hágase como deseas!...

16. Es tan alta y poderosa la virtud de la oración en la vida espiritual, que ella es la que regula y concierta nuestras vidas, de tal manera que, tal como sea nuestra oración, serán todas nuestras virtudes y la santidad de nuestras vidas.

Al contrario: si aflojamos en la oración y la abandonamos, al mismo tiempo y en la misma proporción irán disminuyendo en nosotros las virtudes, desconcertada el alma y vencida, arrastrada de las pasiones, llena de vana alegría, se holgará en las distracciones, abandonará la penitencia, aborrecerá el recogimiento y huirá de la mortificación...

Hay hombres tan faltos de devoción que tienen hastío y repugnancia a todos los ejercicios de devoción, e incluso sienten cierta repulsa y antipatía hacia las personas que los practican; y dicen que los tales ejercicios son impertinentes, y devociones mujeriles, porque basta con rezar bien el *Padrenuestro* y sobra todo lo demás. Contra los que así piensan, no puedo menos de rogarles que respondan al Apóstol San Pablo, que dice: *Volo ergo viros orare in omni loco, levantes puras manus, sine ira et disceptatione* (1 Tim. 2, 8), esto es: que los hombres oren en todo lugar... Y en otra parte aconseja que esta oración sea sin cesar: *Sine intermissione orate* (1 Tes. 5, 17). Y aún repite en otro lugar la misma doctrina diciendo, daos a la oración con toda instancia, velando y perseverando en ella, con hacimiento de gracias: *Orationi instate, vigilantes in ea, in gratiarum actione* (Col. 4, 2). Respondan también al Espíritu Santo, que dice: *Nom impediaris orare semper* (Ecli. 18, 22), no haya cosa que te impida orar siempre. Respondan también a Isaías cuando dice: *Qui reminiscimini Domini, ne taceatis. Et ne detis silentium ei, donec stabiliat* (Is. 62, 6), dad voces y no ceséis hasta que os haga mercedes. Y respondan por

último, ni más ni menos que al mismo Jesucristo Nuestro Señor que a cada paso nos manda, ya que oremos, ya que siempre y en todo lugar, ya que sea sin cesar (Lc. 18, 11; Mt. 25). Pues si el Espíritu Santo y su Ungido, su Apóstol y Profeta (por quienes el mismo Espíritu Santo hablaba), nos mandan y nos piden tan continuamente que hagamos oración, ¿cómo puede haber quien diga que basta con rezar un *Padrenuestro?*

17. Qué palabras más dulces y regaladas puede haber dicho nunca Dios que las dichas a Salomón cuando le dijo: *Pide lo que quieras que te será dado"* (Par. I, 7). Sin embargo, aquello no fue nada en comparación con esta gran promesa que nuestro Señor Jesucristo nos ha hecho a todos los cristianos: *"En verdad, en verdad os digo, que si algo pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará"* (Jn. 16, 23). Pues, ¿qué tienen que ver aquellas palabras (dichas a un hombre solo) con las que aquí nos dice a todos Jesucristo? (Tratado de la Oración).

VENERABLE LUIS LALLEMANT (m. 1635)

Fue profesor y maestro de novicios, continuó contra viento y marea la corriente mística entre los jesuitas, lo que ocasionó grandes disgustos. No escribió nada en orden a ser publicado. La Doctrina Espiritual *publicada con su nombre es un resumen de sus pláticas y conferencias. La* Doctrina Espiritual *es una obra magnífica. Existe una edición en castellano (Desclee, Bilbao, 1960).*

Nuestro Señor dará al alma por una sola oración una virtud y aun varias en más alto grado que pudieran adquirirse en varios años con medios externos. (Pr. 2 c. 4 a. 1.)

Estemos bien persuadidos de que el fruto que hemos de producir en nuestro ministerio será proporcionado a nuestra unión con Dios y a nuestro olvido del propio interés... Para trabajar útilmente en provecho de otros se necesita haber hecho grandes

progresos en la propia perfección. Hasta que se haya adquirido una virtud perfecta se debe atender muy poco a la acción exterior. Y si los superiores la imponen con exceso, se debe confiar en la Providencia, que dispondrá de tal modo las cosas que disminuya la carga y que todo redunde en mayor bien de los súbditos virtuosos. (Doctr. pr. 5 c. 3 a. 2, 5).

Algunos tienen hermosas prácticas exteriores y hacen gran número de actos externos de virtud, atendiendo del todo a la acción material. Esto es bueno para los principiantes. Pero es mucho más perfecto el seguir el interior atractivo del Espíritu Santo y dejarse llevar de sus impulsos (pr. 4 c. 2 a. 1).

De dos personas que se consagran al mismo tiempo al servicio divino, y la una se entrega a las buenas obras y la otra se aplica totalmente a purificar su corazón y quitar de él todo lo que se opone a la gracia, esta última llegará a la perfección doble antes que la primera (Ibíd.)

Es cierto que un hombre de oración hace mucho más bien en un año que otro en toda su vida. (Doctr. spirt. s. 2, p. 2.ª, c. 4, a. 2, 2).

Para que nuestro trato con los hombres, aun en las mismas funciones que hacemos en ganarlos para Dios, no nos resulte perjudicial, de tal modo debe estar nuestra vida metida en la oración y contemplación, que la acción siempre se encuentre animada dirigida y ordenada por aquella; que, entre los trabajos exteriores de la vida activa, gocemos siempre del interior reposo de la contemplación, y que nuestros empleos, lejos de impedirnos la unión con Dios, más bien sirvan para ligarnos más íntima y amorosamente con El (Doct. spirt. p. 4.ª c. 4, a. 3).

Los que estamos llamados a una orden apostólica, en que es preciso juntar la acción con la contemplación, podemos sin presunción aspirar al más alto grado de excelencia de la vida contemplativa, porque no es ninguna presunción aspirar a la perfección del propio estado y al cumplimiento de los designios de Dios en todo el alcance de una vocación. (Ibíd., a. 4.)

Los dos elementos de la vida espiritual son la purificación del corazón y la dirección del Espíritu Santo... Por aquí es por

donde se llega a la perfección, la cual será proporcionada al grado de pureza adquirida y a la fidelidad con que hayamos cooperado a los movimientos e insinuaciones del divino Espíritu. De esta fidelidad depende toda nuestra perfección, y así puede decirse que el compendio de la vida espiritual consiste en reconocer las vías y mociones del Espíritu de Dios en nuestra alma y afianzar nuestra voluntad en la resolución de seguirlas, empleando a este fin todos los ejercicios: la oración, la lección, los sacramentos, la práctica de las virtudes y de las buenas obras (Doct. spir. p. 4.ª, c. 2, a. 1).

Sin la contemplación, nunca se adelantará mucho en la virtud, ni se estará en condiciones de hacer adelantar a los otros. No se acabará nunca de salir de las propias flaquezas e imperfecciones. Siempre se sentirá uno pegado a la tierra, sin poderse levantar mucho sobre los sentimientos de la naturaleza, y no será posible hacer a Dios un servicio perfecto. Mas con la oración y contemplación se hará más provecho a uno mismo y a los otros en un mes que sin ella en diez años. Con ella se producen actos excelentes y libres de impurezas, actos de amor de Dios elevadísimos...; con ella, en fin, se perfecciona la fe y todas las demás virtudes, elevándolas al más alto grado que pueden llegar. (Doc. spirt. princ. 7, c. 4, a. 4; cf. p. 4, c, 2, a. 1; c. 3, a. 3).

Cada uno debe atenerse fielmente a la oración propia del grado o estado en que se halla en la vida espiritual. La meditación u oración discursiva conviene a los principiantes, que están en la vía purgativa; la oración afectiva, a los que van adelantando y se hallan en la iluminativa; la contemplación y oración de unión, a los perfectos, que están en la vía unitiva. (Doct. spirt., p. 7.ª c. 1, a. 2.)

SANTA JUANA FRANCISCA DE CHANTAL (m. 1641)

Santa Juana Francisca de Chantal fue discípula de San Francisco de Sales y fundadora con su ayuda de las MM. Salesas.

1. Para hacer bien la oración, son indispensables estas cuatro condiciones: 1.ª Nunca gustaremos de la familiaridad con Dios si no nos resolvemos a seguirle con la abnegación y la fiel práctica de las virtudes... Quien se atiene a gustos y sentimientos interiores, no sabe qué cosa es imitar a Jesucristo... 2.ª Ante Dios, lo que más importa es la sencillez... ¡Dichosas las almas que siguen el impulso divino con fidelidad! El mal está en que muchas veces queremos especular, y Dios no quiere que hagamos más que amar. Abandonémonos simplemente a su bondad, como un niño en los brazos y pecho de su padre... 3.ª Las (excesivas) industrias del humano espíritu no hacen sino dañarnos, guiándonos por nuestros caminos y no por los de Dios. 4.ª Cuando se ha movido ya el afecto, no conviene multiplicar palabras, sino detenerse para gustarlo e imprimirlo dulcemente en nuestros corazones *(Arintero. Cuest. Míst. c. 7).*

2. Las distracciones en la oración, pueden ser el camino para una oración más sencilla, porque si a pesar de esa dificultad el alma se esforzare a estarse con reverencia ante Dios, adelantará por ese camino por el que Dios sin duda la llama, y por más que sufra pobrezas y distracciones, no debe alejarse de allí, sino estarse con calma ante Dios, sin detenerse voluntariamente en las distracciones. Y cuando se vea demasiado molestada, de vez en cuando debe pronunciar algunas palabras de sumisión, abandono, confianza y amor a la divina voluntad, suavemente y sin demasiado esfuerzo... Por poco que Dios nos atraiga a esta oración sencilla quitándonos los discursos del entendimiento, debemos seguir su atractivo, pues de otro modo nada conseguiríamos, sino quebrarnos la cabeza *(Pensées et lettres, p. 50).*

3. Las que están en *sequedad* pueden hacer todos los actos de la oración; que, si es sin gusto ni sentimiento, no será sin utilidad y provecho, porque la oración de paciencia, de sumisión y de abandono al beneplácito de Dios que deben practicar en estas circunstancias no será menos agradable a su divina Majestad, y aún lo será más que si se derritiesen en dulzura. Deben perseverar manteniéndose delante de Dios con una profunda reverencia y actitud devota, sufriendo amorosamente sus penas. Porque la verdad es que cuando las sequedades y substracción de obras

son grandes, la pobre alma en tal impotencia no puede hacer otra cosa que sufrir. Pero este puro sufrimiento es una oración muy agradable a Dios yendo acompañada de humildad, sumisión y confianza, contentándose con sola su voluntad y con el honor de permanecer en su santa presencia, sea como una esclava delante de su señor, como una pobre delante de su soberana riqueza, una impotente delante del Todopoderoso, una discípula delante de su buen maestro, una esposa al lado de su esposo o una hija a los pies de su padre, y otros afectos semejantes, según el Espíritu Santo nos los inspira, diciendo de tiempo en tiempo algunas palabras a Nuestro Señor, conforme al estado en que nos hallemos. Yo sé que dichas con amorosa sumisión, son provechosas y que siempre pueden decirse, aunque sea sin gusto; pero también es cierto que no debemos buscar nuestro propio gusto, sino el de Dios que nos quiere así...

4. Es preciso acabar siempre la oración con un acto de abandono, de sumisión, de amor, de confianza en Dios; con una firme resolución de enmendarnos mediante su gracia y practicar fielmente los deseos y resoluciones que nos ha inspirado. Se han de añadir los actos... de acción de gracias, de ofrenda y de ruego... Para que nuestras oraciones sean útiles y sabrosas es preciso pensar y tratar los misterios de Dios con el mismo Dios... Si el alma corresponde con la práctica fiel de las virtudes, que es el fruto verdadero de la buena oración, no se quedará ahí...

5. Nuestro bienaventurado Padre la llamaba oración de *simple entrega* en Dios, la cual, decía, era muy santa y saludable, y que encerraba todo lo que se puede desear para servir a Dios. Sin embargo, sé que es fuertemente combatida por las personas a quienes Dios conduce por el camino de los discursos; y algunas de nuestras hermanas han sido turbadas por esto, diciéndoles que están ociosas y que pierden el tiempo. Mas sin querer faltar al respeto que debo a tales personas, os aseguro, queridísimas hermanas mías, que no debéis desviaros de vuestro camino por lo que puedan deciros... Debemos permanecer firmes... desde el momento en que seamos *atraídos a él*, porque no hay que introducirse por sí, sino esperar